

EL COSTUMBRISTA MONTAÑÉS DOMINGO CUEVAS (1830-1907) Y SU RELACIÓN CON PEREDA: CARTAS, TEXTOS Y UN PRÓLOGO¹

Aunque Domingo Cuevas es hoy apenas conocido, merece quedar incorporado a la literatura de Cantabria por sus relatos sobre las costumbres y los tipos de su Comillas natal; era primo carnal de Pereda por parte de madre, y quizá fue su amigo más entrañable². Domingo de las Cuevas y Sánchez Porrúa, Mingo, para sus íntimos, apenas salió de Comillas y su relación epistolar con Pereda parece haber sido frecuentísima, íntima y cariñosa, a juzgar por el tono de las cartas que se conservan³.

En «Cómo conocí a Pereda» evocaba Mingo el gran acontecimiento de un viaje familiar en carro desde Comillas al amanecer de un día de junio para visitar a sus parientes de Polanco. Allí, en el jardín de una casona,

se destacaba la figura de un rapazuelo, que se afanaba en sacar el agua de un pozo para regar unos alélie, cuyos tallos yacían desmayados a causa del ardor del sol en aquella tarde...

¹ Mi agradecimiento a Rosa Fernández Lera, de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, a Fernando Vierna y a Francisco Gutiérrez Díaz, del Centro de Estudios Montañeses, por haberme facilitado amablemente información y materiales para este artículo

² Domingo Cuevas nació en Comillas el 21 de abril de 1830, era hijo de Miguel de las Cuevas Martínez de Cossío y de Mariana Sánchez de Porrúa y Fernández de Castro, hermana de Da. Bárbara, la madre de Pereda. También estaba emparentado con los Cossío de la Casona de Tudanca por parte de su esposa, Da. Soledad de Cossío y Salinas (Cossío, III, 267, 269)

³ Domingo Cuevas tan solo es mencionado breve y circunstancialmente en las obras dedicadas a Pereda y a las letras de Cantabria

Embebido en su tarea de regar las flores no se apercebíó, por de pronto, de mi presencia, que le sorprendió; y soltando súbitamente la regadera, que por el asa pendía de una de sus manos, dio en mirarme fijo con unos ojos muy negros, muy abiertos y algún tanto salientes.

Parecióme advertir que más bien que mi personal llamaba su atención mi original indumentaria [...] El muchacho no salía de su pasmo, y por último acabó por reírse de mí: túvele por maleante, a la manera que en aquella edad se puede formar juicio sobre personas y cosas. Tenía la cara redonda y llena, la cabeza bien puesta y poblada de un pelo negro ligeramente ensortijado.

Mientras permanecí en su compañía, siempre se mostró reservado: observaba mucho, hablaba poco y reía menos... ¿Columbra el lector en este rapaz (que entonces apenas había llegado a la edad de la razón) al futuro autor de *Sotileza*?... (1903: 301-302).

Estos recuerdos de infancia muestran ya la admiración que Mingo sentiría por quien vio siempre como alguien superior. Tenía entonces doce años y José María, nacido en 1833, tres menos. Con el tiempo, el joven comillano iría a estudiar a los Escolapios de Villacarriedo⁴ y después al Instituto Cántabro de Santander, interno, «bajo la suave férula de don Valentín Pintado, de buena memoria». También estudiaba allí su primo, a cuya casa iba a comer los domingos y donde, «al despedirme de mi tía -señora de suma bondad- siempre me puso en la mano una moneda blanca...».

No hay más noticias directas hasta 1851 cuando Pereda, que entonces contaba 18 años, escribe una carta a su primo desde Requejada (2 de agosto de 1851), y otra desde Santander (5 de noviembre de 1851), en tono humorístico, con comentarios y observaciones sobre asuntos de la vida diaria conocidos de ellos y la mayoría hoy crípticos para nosotros. Hay referencias a amigos, a romerías, a bailes y al teatro en Santander, a las «ausencias de Dulcineas» y, como es de rigor, a la lluvia y al mal tiempo. En estas cartas se advierten ya la predilección de su autor por el uso humorístico de palabras latinas y de términos propios del habla de los aldeanos («con las letras jechás pa tras»)⁵.

⁴ Cuevas estudió con «los entonces temibles Escolapios de Villacarriedo, y el siempre espantoso don Bernabé, del Instituto Cántabro» (1903: XVI-XVII); éste también fue maestro de Pereda, quien le retrató en «Más reminiscencias» (*Esbozos y rasguños*) y en *Sotileza*.

⁵ Son las tres cartas juveniles fechadas en Requejada y Agosto 2 de 1851, Santander y Noviembre 5 de 1851 y Madrid, 25 de O^{bre} de 1852 (Ms 1395 BMS).

Según Eduardo de Huidobro, en 1852, «cuando [Pereda] contaba diez y nueve años, pasó una agradabilísima temporada en Comillas, donde tenía muchos parientes, y donde en su juventud gozó con frecuencia en varias ocasiones horas de dulcísima alegría; sobre todo hasta el año 58, en que visitando otra vez aquel lindo y apacible retiro le halló enteramente transformado por el *espíritu moderno*.» (1906: 10-11).

En aquel mismo año (25 de octubre de 1852) a poco de haber llegado a Madrid José María, le confirma haber recibido la carta de su primo y le asegura humorísticamente que su salud «es guena a Dios gra^s p^a lo que gustes mandar, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad». Las aventuras de su viaje a la Corte incluyeron un vuelco del carruaje «a medianoche en un páramo», y los auxilios que prestó a una «interesante» joven, quedándose en mangas de camisa para abrirla. «No se cómo podré darte cuenta de lo que es un invierno en Madrid, - escribe - cuando no le veo más que de 8 en 8 días, por decirlo así, cuando mis paisanos, los domingos me tienden la mano y se pasan de no haberme visto en toda la semana un solo minuto, en una palabra, cuando siento la 1 y las 2 de la mañana, y todavía estoy con el libro en la mano». Y concluye animándole, entre otras cosas, a hacer un viaje a Madrid para ver buena ópera.

No parece que el joven aspirante a artillero continuara dedicando tanto tiempo al estudio bastantes meses después de su llegada a Madrid:

Ay Mingo, preciso es que te confiese que aquí, cuando por fas cuando por nefas, siempre hay alicientes que arrastran a uno en pos de la corte, y que al fin y postre llega uno a mirarla con demasiado apego y llegará día en que se sienta trocar por la pluviosa e insípida Montaña; si bien para remedio de males y para compensación de la voluble humanidad que lo experimente, estará cuando menos la familia que le espera y atrae más que todos los placeres cortesanos (Domingo, 9 de diciembre de 1853).

De vuelta ya en Santander, Pereda comenzó su carrera periodística, y sus amistades y su vida social son de sobra conocidas. No así la de Mingo del que sabemos que hizo un accidentado viaje a Sevilla con unos amigos («Recuerdos de un viaje»), y poco más. Según José María Quintanilla, a fines de 1855, Pereda fue atacado por el cólera, al mismo tiempo que Mingo y ambos convalecieron en casa de este último,

en el mismo cuarto del piso en la Plazuela del Príncipe, asistidos por el doctor Agustín Pelayo, abuelo materno de don Marcelino. (1906: 4).

Algunas cartas mencionan sus visitas a Polanco y a Santander, Como es sabido, o Pereda no guardaba las muchas que recibía, o la gran mayoría de éstas se han perdido; en cambio Cuevas tenía, como escribía Eduardo de Huidobro, «una copiosa colección de cartas», «muchas, no se si todas las que guardaba de todas las que le había ido escribiendo don José María», que aquel prestó a Huidobro pocos días después de la muerte de Pereda. «Quedéme con copia íntegra de alguna de ellas y de uno o más fragmentos de casi todas las restantes. Ocupa este traslado cuarenta y dos cuartillas de finísima letra [...] la colección, salvo una excepción curiosa de que luego hablaré, no abarca más que desde 1888 hasta 1905.» (1933:15). Pero las publicadas por Huidobro, bastantes de ellas reducidas a breves párrafos, no constituyen, ni mucho menos, una «copiosa colección»⁵.

Cuevas conocía la historia de la villa, de sus gentes y de sus linajes, era gran conversador y muy popular entre sus amigos y, al decir de sus contemporáneos, tuvo el don de *remedar* a la perfección el modo de hablar y los gestos de la gente. Como escribía Pereda,

es innegable que en el cultivo de ese *arte hablado* que mencioné, no he conocido hombre alguno que aventajara a mi pariente. Empezando por *remedar* tipos maquinalmente y uno a uno, la fuerza misma de sus facultades *imitativas* le fue ensanchando el terreno y arrastrando a mayores empresas. Al tipo suelto sucedieron los agrupados, al monólogo los diálogos, a lo cierto lo imaginado, y así, hasta llegar a la cumbre, al dominio absoluto del arte, porque un arte supo hacer, al fin, de este inofensivo y gracioso entretenimiento.

Tras la apertura de la carretera que sacó a Comillas de su aislamiento, veranear allí se puso de moda y quienes escucharon a Cuevas fueron «llevando la fama de los *remedados* más notables por esos mundos de Dios»; muchos se preguntaban cómo era posible que allí abundase tanto tipo raro pero no era así sino que «el comillano Cuevas sabía entresacarlos de la masa común, descolorida a los ojos del vulgo, donde nadie más que él sabía verlos por su lado original y *aprovechable*» (1903: XIII).

Pero Cuevas, cercano ya a los sesenta años, decidió confiar al papel aquellos *remedos* de viva voz que le habían hecho tan célebre. Su

primo no sabía nada de sus nuevas aficiones y cuando leyó el relato «El santuco de la mies» le escribió de inmediato felicitándole.

Mientras yo en Polanco te suponía esperando a que escampara para hacernos la prometida visita en compañía de Pepe García, o a lo sumo *madurando* el catarro entre mantas, ha resultado que estabas dándole a la péñola para relatar con ella algo de lo mucho que tan a lo vivo nos has pintado de palabra. Y en verdad, en verdad te declaro, oh Mingo de los demonios, que me has dejado sorprendido con el ensayo. Es de oro *El santuco* ese que has pintado en *La Época* y el *Boletín* ha reproducido ayer. No parece la obra de un pintor que se estrena; porque está compuesta con gran arte y sobriamente escrita. (Santander, 27 de Octubre de 1889) (1933: 14).

Animado con tan caluroso elogio, al «Santuco» fueron siguiendo otras narraciones; y el 8 de septiembre de 1891 le escribía su primo,

Mi enhorabuena por tu Ñobis que he leído en *El Atlántico*. Es un bocetito de muy buen arte, que no tiene otro defecto que el de saber *a poco*. Pon mayor lienzo en el bastidor para la primera, no te duelan los colores, y sobre todo no te encojas ni empereces, porque en Dios y en mi ánima te declaro que lo haces de perlas.

Cuando Pereda hizo edificar el panteón de familia, muchos pensaron que se retiraba de la vida activa, por lo que en sus cartas desmintió a sus amigos la pretendida retirada. Entre ellos, a Mingo: «De lo de mi sepulcro no hagas mayormente caso. Cierto que le he labrado en Polanco y que como buen creyente cargado de canas me miro en él con mayor tranquilidad de la que se usa en tales casos en otras edades más retozonas de la vida; pero en lo tocante a darme por muerto y al cilicio inclemente, pura *fantasía* de periódicos entremetidos. ¡Ojalá no lo fuera!» [Santander?, 11 de diciembre de 1891]. (Huidobro, 1919:1).

En aquel mismo año, cuando Mingo estuvo en Madrid, confiaba Pereda a Sinforoso Quintanilla que «El pobre no limpia calentura, y va a dejar aquí el redaño, si no vira en redondo a tiempo, o no considera lo que debe, que no puede ya con el rabo» (Madrid, 7 de mayo de 1891). Y desde Barcelona, en ocasión de su nombramiento como *mantenedor* en los Juegos Florales de aquel año, escribía a José María Quintanilla: «Celebro que Mingo ande por ahí. Dale un abrazo de mi parte, y dile que cada día siento más que no se resolviera a acompañarme, que anoche hablamos

mucho de él en casa de don Claudio [el marqués de Comillas], y que puede estar seguro de que le quieren de veras todos los de la familia y adherentes». (Barcelona, 17 de Mayo 1892) (Fernández-Cordero, 1968: 241).

Y en carta desde Polanco (19 de agosto de 1893), refiriéndose a *Peñas arriba*, confía a su primo que

Desde pocos días después, es decir, en cuanto me dejaron solo y con tranquilidad, me arrimé al trabajo de las cuartillas, y así continuo, amarrado a él como burro a la noria, tira que tira sin cesar, y siempre faltándome más camino que el que dejo andado. Estoy de peñas hasta la coronilla; y por si eran pocas las que me había tragado, vino el Sordo [don Ángel de los Ríos] por aquí, empeñóse en enseñarme el puerto de Sejos y el valle de Campóo, Proaño inclusive, y entre ir y volver, y verle a medias por causa de la niebla, aunque viendo otras cosas que no había visto y me han servido para rectificar muchos errores cometidos en el itinerario de mi personaje, se me fue cerca de una semana». (Huidobro, 1919:1 y 1933: 16).

Las cartas cruzadas entre Mingo y su primo muestran que la comunicación epistolar entre ambos era bastante frecuente; según Huidobro, «Cuevas pasaba a menudo una temporada en Polanco, o aquí en Santander, en casa de Pereda, cediendo a las insistentes instancias que éste le dirigía en sus cartas . Pero Mingo se *encuevaba* demasiado en su casa de Comillas, y cada vez costaba más sacarle de allí». (Huidobro, 1907).

Los años iban aumentando los achaques de aquel grupo de amigos. Pereda se había ofrecido a prologar *Recuerdos de antaño* (1893), el volumen que recogía los relatos de Cuevas, «Pero Dios dispuso las cosas de otro modo, de triste recordar para mí» (se refería a la trágica muerte de su hijo Juan Manuel el 3 de septiembre de aquel año) «y el libro tuvo que echarse a la calle sin la compañía que yo le había prometido» («Al lector»: 1903: V); después vinieron la catástrofe del *Machichaco*, la soledad de Mingo, viudo, con poca salud y poco dinero, y los achaques y sucesivas muertes de aquel grupo de amigos, y la pérdida de las Colonias, que tanto afectó a Pereda. Este confiaba a su primo los síntomas de su enfermedad, cada vez más graves. «El estrago de los vómitos y la dieta consiguiente, larga y extrema me dejaron en un estado de gran decaimiento que aun me dura, no obstante hacer ya unos días que como regularmente y salgo de casa. Goteras, Mingo, de edificio viejo que cada

vez abren mayor boquete» ([Santander?] 31 de diciembre de 1895). (Huidobro, 1919:1).

Un mes después, - escribía Huidobro-, aun no restablecido del todo, le confiaba Pereda, «Tampoco hoy voy a enquiarmar [texto borroso] completamente, por más que lo procuro pesando la alimentación y poniéndome a régimen en todo... menos en fumar, que es lo que más daño me hace pero el hombre es así: necio y desatinado de suyo ¿y qué le vamos a hacer?» (Enero 1836).

Y el 23 de agosto, [de 1896], desde Polanco, lamentaba que

Entre tanto, aquí vivimos en perpetuo remojo y con musgo ya, como los cantos de las pozas. Desde que tengo uso de razón no he visto un mes de agosto semejante. Ni para comunicar con la familia de Requejada, según costumbre de otros años, hemos tenido más que dos o tres escampás desde que vinimos.

No se me irán a mí fácilmente de la memoria las lluvias del verano y del otoño de 1896. ¡Qué horrible fue aquello, aun para los que por haber vivido aquí casi toda la vida estamos avezados a no ver el sol la mitad, poco más o menos, de los días del año! Allá por Santa Ana empezó la cosa. A principios de septiembre [de 1896] se nos dio un corto respiro; pero ¡ay después!... ¡Qué manera de diluviar, hasta no sé cuando, creo que hasta que se acabó el año! ([Santander?], fines de enero de 1897). (Huidobro, 1919:1).

Como no es de extrañar, el empeoramiento del tiempo, un tema frecuente de conversación entre los montañeses, ocupa también a ambos y el 23 de noviembre del año 97, don José María trata de consolar a Cuevas:

En lo que te pasa ahí con motivo de los interminables aguaceros y de lo cual te lamentas, bien acompañado vas. ¿Quién no tiene ya berzas en las pantorrillas o musgo sobre el estómago? Hoy hace un poco de sol, pero por lo avergonzado y ruboroso que anda sobre los tejados, me temo que se esconda pronto y vuelvan las celleriscas. Ve, pues, resignándote; y «a mal tiempo buena cara». No nos queda otro remedio. (Santander, 23 de noviembre 1897) (Huidobro, 1919:1).

Y en los primeros meses de 1898 escribía a Cuevas, quien no había podido venir a pasar con él la fiesta de San José:

Por lo demás, casi haces bien en no aportar por aquí, donde no se ven más que desdichas de un tiempo acá. No recuerdo haber visto nunca desaparecer en tan breve plazo mayor número de amigos íntimos y de conocidos. El último de la lista fúnebre, como ya sabrás, ha sido el que yo hacía inmortal, el pobre Guantero, a cuya falta no puedo acostumbrarme. Más que un hombre, para nosotros era una institución. Dios le habrá dado el premio que merecían, humanamente juzgando, sus grandes y singulares virtudes. En rigor, de toda aquella apretada falange de otros tiempos, cuyo centro fue la Guantería, no quedamos ya más que Sinforsoso y yo. ¡Y en qué estado moral! Porque has de saber que aquel amigo, desde la muerte de su cuñado Mazarrasa, ha dado un tremendo bajón de espíritu. ([Santander?] 25 de marzo de 1898). (Huidobro, 1919: 1).

En otras ocasiones le manifiesta su frustración por la incapacidad de los políticos españoles y su tristeza ante los sucesos de Cuba. «Estos inauditos desastres de la guerra me tienen atolondrado, y aun no se a punto fijo si es preferible para mí, devorar en silencio en estas soledades las bilis que se le desbordan a uno en los adentros o desfogarse despoticando contra todo lo nacido entre las gentes». Agradece a Mingo la invitación a pasar la feria del Cristo en Comillas pero

Otra vez será, si es que de estas nos queda voluntad, humor ni vergüenza para presentarnos a la luz del sol. Dicen que viene el yankee. ¡Ojalá sea verdad, si se logra con ello hacer más patentes las vilezas de estos políticos que a tales extremos nos han conducido, y se lo lleva todo el demonio de una vez para siempre! ([Polanco?], 13 de julio de 1898) (Huidobro, 1933: 17).

Y más adelante,

Esto es cocerse uno vivo; y con ello, y lo de la patria, y el espectáculo de estos espectros que llegan a diario de Ultramar, yo no se qué es de mí ni de los demás: viví como una bestia, y no se por dónde voy ni adónde volver los ojos: todo esto que pasa es la muerte y además la ignominia. No es posible caer más abajo ni en charca más hedionda; porque hasta creo que no llegamos a tres docenas los españoles que nos avergonzamos de ello. ([Polanco?] 4 de septiembre de 1898). (Huidobro, 1933: 17).

La enfermedad de Pereda seguía su curso y en sus cartas a algún íntimo como Narciso Oller, el joven Quintanilla y Cuevas, solía describir sus achaques: «Querido Mingo: Tuve, en efecto, un cólico dolorosísimo, solo se calmaba con inyecciones de morfina. Me costó dos días de cama, dejéme descuajaringado, y por mor de la debilidad, no he podido salir de casa hasta hoy.» También lamentaba con ellos la enfermedad o la defunción de otros, como en este triste caso, la del pintor Fernando Pérez de Camino. ([Santander?] 17 de septiembre de 1900). (Huidobro, 1933: 18).

Cuevas había ido añadiendo nuevas escenas a las publicadas en 1893 y tenía ya lista para la imprenta una segunda edición con el nombre de *Antaño*, que publicó Fortanet en Madrid a fines de 1903. Esta vez llevaba el prólogo de Pereda, quien acabó de escribirle el 3 de noviembre de 1903, según su carta del 5 del mismo mes:

Al fin terminé anteayer el trabajillo que te había prometido para tu libro, después de numerosas y largas interrupciones, como si el diablo se hubiera propuesto ocasionarme en pocos días todas las imaginables ordinariamente en todo el año. Y así ha salido ello, como si no fuera bastante motivo [*tres palabras ilegibles*] para salir mal esta ya incurable sequedad de meollo en que vivo años hace. En esta disposición te escribo para preguntarte qué hago de ello [*dos palabras ilegibles*] para gobierno tuyo y por mi cálculo, que no suele fallar, darán las cuartillas escritas 19 o 20 páginas impresas, si el tamaño del nuevo libro es igual al del anterior.

Nada te digo de lo que acaba de pasar aquí, porque te supongo enterado de ello por los papeles. Todo está ya en paz y lo estará mientras el asunto corra de la cuenta de la autoridad militar pero en cuanto volvamos a la normalidad, tornaremos a las andadas con algún pretexto y en mayores proporciones. Porque eso se va observando; con la práctica van educándose las masas y cundiendo la carcoma. Dios nos tenga de su mano». [Se refiere a los motines callejeros tras el triunfo de los republicanos en las elecciones municipales]. (Huidobro, 1919: 1)

La última carta de Pereda a su primo, fechada en Polanco el 24 de septiembre de 1904, «de mano ajena», posiblemente la de su hijo Salvador, le decía que el 1 de octubre saldría para Santander y que no se hacía ilusiones acerca de su salud:

Vuélvome en el mismo estado en que me viste la última vez que

rápidamente me visitasteis. Dícenme que esto es haber ganado mucho en la temporada, y yo hago que lo creo, porque no es cosa de llevar la contraria a gentes de tan buenas intenciones; pero me es forzoso atenerme a lo que palpo, y es que tan inútil me veo cuando me marchó como me vi cuando vine, porque esto es la pura verdad [Polanco el 24 de septiembre de 1904]. (Huidobro, 1919:1).

En el mismo artículo cuenta Huidobro que como el médico ya no se esforzaba en darle falsas esperanzas de curación, Pereda se quejaba un día humorísticamente, «¡Este hombre no me dice nada!... ¡Si estoy dispuesto a dejarme engañar!» (Huidobro, 1919:1).

A fines del año siguiente Cuevas agradecía a Enrique Menéndez Pelayo el regalo de su «primoroso librito» *Cuentos y trazos* y le invitaba a visitarle en su casa de Comillas cuando llegara el buen tiempo. «Para entonces, Dios querrá que me den algún respiro los achaques que me atropellan. Más de dos meses ha que no salgo de casa, metido por los tizones. ¿Qué le diré para mi primo Pereda? Dios sabe cuándo le veré». Y se despedía con recuerdos para «Pedro Sánchez», Villatorre y otros amigos. (Comillas (Cantabria), 11 de Diciembre de 1905). (Fernández Lera, 2012: 98).

Apenas tres meses después, el 1 de marzo de 1906, falleció José María de Pereda en Santander; como es sabido, su muerte dio lugar a una gran manifestación de duelo y al inmediato propósito de levantarle un monumento, obra del escultor Coullaut Valera, que se inauguró el 23 de enero de 1911.

En carta a José María Quintanilla, Cuevas acogía aquella muerte como algo personal:

Tiene V. razón, mi excelente amigo, roguemos a Dios por el gran Pereda. Fue buen creyente y pasó haciendo bien. Dios le habrá premiado. Yo, que vengo sufriendo hace tiempo, abrumado por los años y los achaques, ha venido esta desgracia a abatir mi espíritu, más y más. Vivo encerrado en mi casa por necesidad. Adjuntas las tres cartas a que hago referencia. Siento no poder dar a usted más noticias que las que le apunto.

Mis recuerdos afectuosos a su tío Sinforoso y a los amigos.

No dude usted en disponer como le plazca de este su reconocido y buen amigo que le quiere

Domingo Cuevas (Comillas, 11 de marzo de 1906) (Ms 1403 BMS).⁶

La última carta de Cuevas que conozco está fechada en Comillas el 4 de marzo de 1907, y va también dirigida a Enrique. Por ella sabemos que le envió 25 pesetas para la suscripción al monumento de «nuestro inolvidable Pereda (q. d. e. p.)»; y que hasta el 21 de abril del año anterior se habían vendido once ejemplares más de *Antaño*. Y le reitera su invitación a ir a Comillas «haría una obra de caridad visitando a este enfermo. Ahora que voy a empezar la estación alegre y reviven los espíritus abatidos, debe animarse a cambiar de escenario. Yo, mucho se lo agradeceré, y me vendrá muy bien para el alma y para el cuerpo». (Fernández Lera, 2012: 99).

Eusebio Güell⁷ dedicó unas cariñosas páginas en sus «Recuerdos de Castilla» a Domingo Cuevas, con quien, a pesar de la diferencia de edad, le unió una gran amistad. Evoca en ellas un paseo por las cercanías de Comillas con «Don Domingo de las Cuevas y Sánchez Porrúa, uno de los señores del pueblo», cuando tenía diecisiete años y Cuevas, setenta y uno.

Nos unía el culto al pasado. El gozaba contando y yo oyendo. Estuvimos muy unidos todos los años que nuestras vidas coincidieron en el mundo. Me acuerdo de él cuando yo tenía cuatro años, llevándome de la mano en el jardín de casa, para que yo, sin tropezar, subiera un escalón, y le recuerdo cuando yo ya era hombre y él muy anciano y yo le hacía apoyarse en mi brazo para subir las escaleras de su casa a la vuelta de nuestros paseos.» (1929:135-136). «Domingo Cuevas, que alcanzó en sus primeros años esa época [el reinado de Fernando VII], a veces refería

⁶ Para la composición del número extra de *El Diario Montañés* en homenaje fúnebre a Pereda se pidieron datos a Cuevas: «Él nos proporcionó los que recordaba, y me envió además un abultado paquete de cartas de Pereda. No se le devolví después de utilizarle, sino después de haber sacado copia de lo que me pareció más sustancioso y agradable». (Huidobro, *Apuntes para la biografía de Pereda, El Diario Montañés, Santander, 1 de mayo de 1906, Año V, Número extraordinario*).

⁷ Eusebio Güell y Bacigalupi (Barcelona, 15 de diciembre de 1846-Barcelona, 8 de Julio de 1918). Primer conde de Güell, nieto del primer marqués de Comillas y sobrino del segundo. Hijo de un próspero indiano catalán, fundó numerosas empresas industriales y ostentó altos cargos políticos. Fue amigo y mecenas de Gaudí y autor de obras sobre asuntos varios. En 1871 casó con la hija mayor del marqués de Comillas. Alfonso XIII le concedió el título de conde de Güell.

anécdotas de aquel reinado. «No creas -decía- que hace falta viajar para conocer gentes y ver cosas; con vivir, aun estándose quieto, basta; las gentes y las cosas vienen a uno. No cabría en muchos libros la descripción de las cosas y las gentes que han desfilado por delante de mí durante setenta años, y eso que no me he movido de este pueblo. (1929: 137).

Don Domingo le recordaba a aquella «especie de señores de pueblo que se está acabando» y que él llegó a conocer en Comillas y en Santillana en el último tercio del siglo XIX:

Los de Comillas eran las familias de los Pérez de la Riva, Fernández de Castro, Piélagos, Bustamante, Torre de Trasierra, Sánchez de Cueto, Domingo Cuevas y mis bisabuelos López del Piélagos y López de Lamadrid. Las familias de Santillana eran de más rango. Los de Comillas eran simple hidalgos. En los primeros años del siglo XIX, los ingresos de estas familias, aparte de los productos naturales de sus fincas que eran la base del régimen de vida, no eran en metálico más de sesenta a ochenta duros al mes. A pesar de ello vivían con una señorial modestia. Al llegar a los espíritus los hábitos de emancipaciones e innovaciones que sembró la revolución francesa, y sobre todo al empezarse a hacer la carretera que había de comunicar Comillas con el mundo, quisieron en su mayoría los muchachos de aquellas casas irse del pueblo, y no teniendo bastante fortuna para seguir las carreras del Estado, varios se embarcaron en los veleros que partían de Santander para Ultramar, y se fueron a aquellas lejanas tierras para establecer algún comercio en Cuba, en Méjico o en Filipinas. Los que se dedicaron al comercio en Indias, como ellos decían, casi siempre prosperaron. Aunque su profesión en las Antillas fuera humilde, al volver al pueblo no dejaban de acordarse de sus hidalguías. Entonces se sentaban juntos en dos bancos de la iglesia al asistir a la misa mayor, y usaban sombrero de copa alta. (1929:142-144).

En la escuela del pueblo, Mingo fue condiscípulo y amigo del futuro marqués de Comillas y recordaba cuando éste se fue a América a los 16 años, que le dijo entonces que iba dispuesto a hacerse rico. Pero Cuevas «era de joven enfermizo y débil de salud; por eso, cuando en la primera mitad del siglo XIX, por las razones que antes digo, sus compañeros se fueron a América, él fue el único que se quedó allí, dispuesto a vivir y a morir en la casa en que nació, en la plaza de su

pueblo. Por eso me hacía a mí el efecto del último de una especie: el señor de pueblo.»

Y Güell evoca la Santillana del primer tercio del siglo XIX y relata curiosas anécdotas de los indianos y de los hidalgos de entonces, y de cuando la gente se asomaba a las ventanas para ver pasar a las señoritas de Barreda, «dos solteronas, que eran las que imponían la moda en aquella villa», cuando iban a misa, cubiertas con el primer paraguas que hubo en la Montaña. Antes de que las comunicaciones cambiaran su modo de vivir era casi imposible salir de la villa y durante parte de la segunda mitad del siglo se tardaba en ir de Comillas a Valladolid «casi lo mismo que ahora se tarda de Europa a América». «Así se explica que esas señoritas de Barreda a que antes me refiero solo salieran de Santillana una vez para ir a Barreda, que dista unos siete kilómetros. Contaba un contemporáneo suyo que volvieron del viaje indispuestas, que las había sentado mal el cambio de aire» (1929: 146-147).

Domingo Cuevas era ya muy hombre cuando se empezó a hacer la carretera que había de comunicar el pueblo con el mundo. Antes de morir vio un automóvil; creo que fue el tercero que llegó a España. En él vino Santo Mauro a Comillas. Estaba éste de visita en casa del duque de Almodóvar del Río, y a mí se me ocurrió ir a buscar a Domingo Cuevas para que lo viera. El duque de Santo Mauro nos explicó el recorrido que había hecho y los progresos que se anunciaban. Al irnos por el jardín, Domingo me decía: -Me alegro de haber vivido para llegar a saber que puede uno ir a tomar el chocolate a Palencia y volverse. (1929: 147-149).

El mismo Cuevas recordaba los espectáculos que en tiempos de su niñez causaban sensación en Santander: «Macallister, en la escena con sus brujerías; Mme. Chagui, subiendo por la maroma al monte de San Bernardo y bajando entre truenos y relámpagos, y el Chiclanero, luciendo en la arena su garbo y su destreza. Media provincia se puso en movimiento con tal motivo». Y evocaba la gran novedad del viaje, cuando tenía doce años, y por primera vez salió una mañana de casa desde Comillas a Polanco, en un carro cubierto con una armazón de cañas y un toldo y tapizado con colchones. («Cómo conocí a Pereda», 1903: 295-303).

Del Domingo Cuevas anciano han dejado unas emotivas páginas el conde de Güell y Eduardo de Huidobro. Contaba Güell que Cuevas

Tenía una renta escasísima; en su casa usaba siempre zapatillas, gorro y batín. Yo nunca le conocí más que dos trajes: uno pardo y un chaqué negro que se ponía por las tardes para hacer visitas. En la casa había muy pocos muebles y una estantería con cien libros. Así se pasó la vida, viviendo con la regularidad de un reloj las horas que señalaba el que regaló el coronel del Ejército de Napoleón a su madre; tomando el sol desde su solana, que no fue ni una vez restaurada durante su vida; leyendo los cien libros que heredó de sus padres y charlando. Al final de sus días escribió un libro de cuentos y tradiciones. Eran éstas las que había oído en su radio, no mayor de cinco kilómetros, de alrededor de la villa. (1929: 147-148).

Y Huidobro recordaba cuando don Domingo andaba ya cerca de los ochenta años y llevaba ya más de media docena defendiéndose como podía de la *consumición* y de las *celleriscas* del invierno, que los achaques y tristezas de la edad iban causando en su ya gastada naturaleza. Algo le reanimaban el calor del verano y la apacibilidad de los primeros días otoñales en Comillas,

Entonces, poco a poco, muy encorvado el cuerpo, hundida la perilla en el pecho, deteniéndose y renqueando a cada paso y lanzando hondos suspiros, que acompañaba casi siempre de exclamaciones como éstas «¡Válgate Dios! ¿Cómo ha de ser?» se llegaba por la carretera de San Vicente hasta un huertecillo de su propiedad situado al pie de la colina en que se alza el suntuoso Seminario por la parte alta del pueblo se dirigía al cercano bosquecillo de pinos que rodea a la estatua de don Antonio López, el ilustre naviero comillano. Pero se encapotaba el cielo, comenzaba a rugir el vendaval inclemente, encrespábase el mar, y huía a todo correr, espantadas por las negruras invernales las melancólicas delicias del veranillo de San Martín; y el pobre Cuevas se encerraba en su casita de la plaza donde vivía solo hace tiempo; cerraba las dobles vidrieras de sus balcones, encendía la chimenea, acomodábase en una butaca lo más posible cerca de los tizones, y leyendo o charlando con algún amigo cariñoso que nunca le faltaba, ya apenas acertaba a salir de su abrigado retiro sino para cumplir con sus deberes religiosos o pagar, llevado de su exquisita cortesía alguna de las muchas atenciones (1907: 1).

Falleció un año después que Pereda, y sobre su lápida en el cementerio de Comillas, hay un sencillo epitafio:

*Aquí yace
 Don Domingo de las Cuevas y Sánchez de Porriá.
 Varón ilustre en las letras y ejemplo de caballeros por las claras virtudes que
 ejercitó en su cristiana vida.
 Nació el 21 de abril de 1830 en la villa de Comillas y en ella entregó su
 alma al Señor con muerte muy ejemplar el 28 de agosto de 1907.
 R.I.P⁸*

*

Recuerdos de antaño se publicó en Madrid en 1893, en la Imprenta y encuadernación de la Revista de Navegación y Comercio, con dedicatoria impresa «Al Excmo. Sr. Marqués de Comillas. En testimonio de gratitud y cariño.»; en la edición que he manejado hay un sello de goma de la «Biblioteca de los Ferrocarriles del Norte de España» y en el centro dice «José Díaz de Quijano, Columela 17, Madrid». Díaz de Quijano⁹ es muy posiblemente el autor de «Dos palabras de proemio» (Anejo III) que encabezaba los nueve relatos: «El santuco de la mies» (1-14); «Peñuca el lunático» (15-28); «La cocina de don Silvestre» (29-46); «Los curas se van» (47-62); «Ñobis (63-70); «Un poco de idilio» (71-108); «El higarón» (109-128); «La leñera de la casona» (129-142); y «Los natales de Jusepe Antón» (143-169). Según Pereda, desde entonces hasta la fecha «la obra se ha vendido guapamente hasta el punto de agotarse todos sus ejemplares» (1903: VI).

La segunda edición, también impresa en Madrid (Fortanet) en 1903 con el nombre de *Antaño*, llevaba la misma dedicatoria al marqués de Comillas que la edición de 1893. Estaba notablemente ampliada pues además del prólogo «Al lector» de José María de Pereda (V-XXIV) y los seis relatos publicados en 1893, recogía trece más; «Recuerdos de un viaje» (171-202); «¡A San Andrés!» (203-213); «Manu y Juaneta» (215-245); «El marquesito» (247-261); «El desván de la casona» (263-270); «El patrón Mancino» (271-286); «Día triste» (287-293); «Cómo conocí a

⁸ Es posible que el propio Güell compusiera este epitafio, tan sobrio y tan digno.

⁹ José Díaz de Quijano (¿ - 26 de marzo de 1903) estaba emparentado con el marqués de Comillas, y era carlista y amigo de Pereda. Autor de *Tonadas montañesas*, una colección de cuentos inspirados en canciones populares, *Caminos de la Montaña*, «novela en bocetos», escrita con gran sensibilidad y sentido del paisaje, la novela *Panojas*, sin año, y la zarzuela *Carmina la caseruca*, con el mismo asunto que *Panojas*. Dirigió en Madrid la *Revista de Navegación y Comercio* (1891-1892).

Pereda»(295-303); «Una velada en el molino»(305-317); «Un hidalgo de la Liébana» (319-330); «Miguel de los Santos (sin Álvarez)» (331-341); «El Inquisidor» (343-352); y «La matanza»(353-364).

Como escribí anteriormente, Pereda quedó agradablemente sorprendido al conocer las aficiones literarias de Mingo, y gustó mucho de «El santuco de la mies» y de «Ñobis» aunque poco después advirtió que Cuevas comenzaba bien sus relatos pero que no acertaba a darles fin.

En carta del 11 de diciembre de 1891, recogida por Huidobro, le aconsejaba, «No te *engurruñes* a lo mejor del trabajo», y meses después le proponía: «Celebraré que cuando vengas me traigas tela en el telar todavía: a ver si consigo, cogiéndote a tiempo, que no metas a barato los cuadros, forzando la máquina para rematarlos antes de lo conveniente» (Junio de 1892), Es muy posible que en otras cartas que no han llegado hasta nosotros, continuara Pereda alentando a Mingo y tratando de corregir aquellos defectos pues refiriéndose en otra a «El higarón», escribía:

En verdad te digo que si la cosa acabara como empieza, es decir, subordinándose todo el asunto a la zapata, el pulpo y el congrio del pozo tremebundo, el cuadro habría resultado estupendo. Así y todo, es notabilísimo por la frescura de su color y la gracia del dibujo, particularmente en la primera parte. La *visión* de Elerusque es magistral, y el *relate* de ella insuperable; tanto que el lector ha de llamarse a engaño, como me llamé yo, al ver que no reaparece en el cuento el simpático granuja y se echa en olvido el pozo con sus misterios, no obstante la caña del veterano pescador y la donosa excusión de Chisco a la playa, con otros muy pintorescos detalles que no dejan de abundar en la parte segunda de la *humorada*. A otra, Mingo, porque verdaderamente lo entiendes. (Junio de 1892). (Huidobro, 1907).

Quienes conozcan las cartas con que respondía Pereda a quienes le enviaban sus obras para conocer su opinión, reconocerán en el prólogo «Al lector» su manera cauta y cortés de alabar, incluso poniendo por las nubes, alguno de los aspectos secundarios de aquellos libros que no le gustaban para enjuiciar negativamente los principales. Algo semejante sucede en *Antaño*, algunos de cuyos relatos no acababan de convencerle pero a cuyo autor amaba fraternalmente; comienza destacando cariñosamente su vieja amistad y parentesco, alaba después el cultivo de «ese *arte hablado*» en el que nadie aventajó a su pariente y explica cómo le fue perfeccionando y cómo llegó a ser conocido y celebrado por un círculo de admiradores cada vez más amplio. Y cuando,

con los años, Cuevas «se vio solo y triste en la vasta casona en que había nacido y vivió siempre» y «en la obligada quietud de su casa vacía» comenzó a pintar por escrito aquellos mismos personajes a los que antes había dado vida de palabra. Para ello contaba con una sólida educación humanística, con su imaginación «luminosa y lozana» y una manera de hablar y escribir «abundante, fácil y castiza, como apenas se usa ya en España» (1903: XV-XVI).

Sin embargo «estuvo siempre más atento a regalarse el gusto distrayendo los ocios a su comodidad, que a lo que pudiera tacharle un lector indigesto, si lo que él escribía llegaba a verse en letras de molde. Dejaba correr su pluma como el agua por el cauce, y al menor obstáculo interpuesto, echaba por el atajo, donde bien pronto la tiranía de sus impacencias le obligaba a hacer punto final»; estos cuadros de costumbres, «siempre donosamente comenzados y los más de ellos *muertos*, a lo mejor, de cuatro plumadas bruscas, de un *golletazo*, como si dijéramos, me parecen a mí lo que los apuntes de los estudios a la ligera de un pintor impresionable, de gran instinto, buen color y poca escuela; bellos testimonios de un arte no pasado por los tamices de la preceptiva, indocto si se prefiere, pero arte al fin, arte de pura ley, vamos, oro nativo». Cuevas pinta sus personajes «con un vigor de colorido y de dibujo que pasma» pero «hay tanta diferencia entre lo *vivo* y lo *pintado*, [es decir, entre la versión hablada y la escrita de un mismo relato], como entre la representación plástica y del teatro y la analítica del libro». Y Pereda concluye esta crítica que expone los mayores defectos del libro con una alabanza de estos «frescos y desaliñados bocetos» en la que confirma sus objeciones: «es innegable que tienen estos cuadros cómicos suma gracia, luz y sabor de la tierra en toques magistrales de artista, que hacen olvidar fácilmente la inexperiencia y los desaliños del compositor» (1903: XVIII-XXI).

Tienen carácter costumbrista y están protagonizadas por *personajes* únicos, aunque alguno de ellos, hidalgos, aldeanos y jándalos, encajan dentro de la categoría de *tipos* en el sentido costumbrista de la palabra. No son creaciones literarias sino hombres y mujeres de carne y hueso, vecinos en su mayoría de Comillas, «gente remedable por algún lado [que] había conocido él y observado desde su niñez - escribía Pereda - A ninguno de ellos, vivos ni muertos, añadía una tilde que no le perteneciera, al sacarles a su escenario, ni mucho menos agravió jamás la buena fama de nadie por el común empeño de forzar la nota risueña,

Voz, estilo, acento, gestos, ademanes, todo era la pura realidad» (1903: XI-XII).

Se ha de tener presente que el propósito del autor no era originalmente literario, sino de entretener oralmente a sus amigos con la imitación de gente local que resultaba pintoresca por sus ocurrencias, sus manías o sus dichos. La mayoría de sus oyentes eran, al parecer, amigos y veraneantes, gente educada que vivía en centros urbanos; los que habían conocido a aquellos personajes y escucharon aquellos relatos, como Pereda, o el conde de Güell, contaban que los *remedos* de Cuevas eran muy graciosos pues, a lo que parece, el remedo era perfecto. Sus sorprendentes dotes imitativas habrían hecho de él un «excelente actor cómico» (1903: XII) que hacía un costumbrismo oral centrado en tipos de carácter local, y en escenas que en muchos casos carecían de trascendencia o de finalidad.

La imitación de hablas y acentos provinciales o extranjeros con fines caricaturescos y cómicos es un viejo recurso en la literatura occidental. En España desde los pastores «sayagueses» de Juan de la Encina hasta hoy día, la imitación de las pretendidas hablas y acentos de gallegos, vascongados, catalanes, andaluces, paletos, negros, ingleses y franceses, llenas de exageradas incorrecciones, de barbarismos y de expresiones cómicas han hecho siempre las delicias del público. Como se recordará, las cartas de Patricio Riguelta gozaron de gran popularidad, Fernando Fernández de Velasco se dirigía a sus amigos con otras escritas en el mismo estilo (Marcial Solana, 1953) y Pereda usaba palabras y expresiones propias de la aldea en su correspondencia con sus íntimos¹⁰. Según Huidobro, éste tenía el proyecto de hacer grabar un cilindro de fonógrafo con un «diálogo montañés» entre Cuevas y el pintor Fernando Pérez de Camino. (Huidobro, 1907).

Domínguez Cuevas no escribió más que este libro, y los relatos publicados en 1893 reaparecen en 1903 en el mismo orden que tenían, sin correcciones ni variantes. Creo más apropiado referirme a ellos como «narraciones» o como «relatos» y no como «cuentos»; pues el autor describía de viva voz el pergeño de los personajes, e imitaba sus voces y

¹⁰ Aunque después de la revolución de 1868 Pereda mitificó a sus aldeanos éstos seguían siendo tipos cómicos (digamos que afectuosamente cómicos, al igual que los pescadores) y esta manera de expresarse les mantenía en la situación de inferioridad que siempre tuvieron frente a las clases más educadas. (García Castañeda, «Introducción», José María de Pereda *Obras Completas*, I, Santander: Ediciones Tantín, 1989, XXXIV).

sus gestos, y estos relatos son supuestamente una transcripción. Son literatura oral transmitida al papel, con todos los riesgos que eso conlleva; la intención del narrador era dar a conocer a los protagonistas de sus imitaciones, pero el argumento del relato, si es que le había, era secundario. Cuevas llegó a la escritura por el camino de la oralidad; había comenzado de joven a imitar tipos populares sin otro propósito que divertir a sus amigos y, pasados los sesenta años, y para entretener sus ocios, comenzó a escribir. Quienes no contaban más que con el texto escrito carecían del referente vivo sobre el que se había hecho la imitación, y la ausencia del tono y de las inflexiones de voz, del acento, de los gestos faciales y de los movimientos del cuerpo, imprescindibles para el remedo e identificación de los personajes, disminuían notablemente la comicidad del relato. Pero lo que el texto escrito perdió en una comicidad efímera lo ganó con las agudas descripciones de tipos, escenas y paisajes, propias de un pintor de costumbres.

Cuevas llamó la atención sobre personajes, por lo general, humildes, y «célebres» entre sus convecinos por sus costumbres y rarezas, que vivieron en Comillas y que, como aquéllos, pasaron a mejor vida dejando efímero recuerdo. Tenía nostalgia de un pasado anterior a los cambios ideológicos y materiales que llegó a conocer y que, para él, fueron acabando con aquella sociedad comillana patriarcal y recoleta en la que había crecido. Aquel anciano amante de su pueblo fue crónica viva del pasado casi a lo largo de un siglo, y evocó personajes, sucesos y costumbres, cuya memoria se había ido perdiendo.

Entre aquellos estaban los viejos hidalgos en sus casonas, como Jusepe Antón, ocurrente y gracioso, «que celebraba el octogésimo aniversario, cuando corría el año de Gracia de 185...» ; como Don Silvestre, quien «vestía calzón corto, media de seda o lana, casaca y chupa de pana oscura, y calzaba zapato con hebilla de plata», afrancesado en su juventud y luego «constitucional decidido», que leía a nuestros clásicos y a Fenelon, «dentro del Telémaco»; como don Toribio, el hidalgo de la Liébana que bajaba a caballo a la costa tres veces al año para comer pescado, y como el retirado Inquisidor. Había dómynes pedantes, jándalos como el cómico Frasquito, «un hombrecillo de cara ancha, mofletuda y macilenta, y metía el un ojo en el otro, a la manera de Pasamonte»; y don Estanislao, el escribano de la villa,

hombre de escasa estatura y de mucha untaza, cabeza abultada y no exenta de golondrinos, ojos de foca con su poco de bizqueo, La nariz,

que arrancaba fina, embasteciase hacia las fosas, muy abiertas y algún tanto sombreadas. Vestía de negro lustroso y arrollaba al cuello un pañuelo de seda de color de lirio, por cuyos bordes, jamás se vio asomar el blanco de la camisa. («La cocina de don Silvestre»: 33).

Y entre las clases populares, estaban Lantarón: «¡Oh, Lantarón... Personaje obligado en toda bajamar. Feo, *casi endriago*, de piel lustrosa y verdinegra, como las algas, que huella con sus pies de filisteo; ojos saltones, redondos y verdosos, como si fueran de talco, dedos largos y nudosos como los tentáculos de viejo pulpo, su pesca predilecta. Parece un Neptuno de bronce» («Un poco de idilio», 79-80); Peñuca el lunático, el leñador Galán («La leñera de la casona»), el zapatero francés a quien llamaban «el Marquesito», y que un día desapareció de la villa; el patrón Mancino, y Ñobis, un buen hombre que hacía de todo, de quien Cuevas dejó una semblanza humorística y cariñosa, y un expresivo retrato:

Tenía Ñobis la faz cetrina y sombreada como si se la hubieran restregado con granos de menuda pólvora, quedando éstos embutidos entre los pliegues y rayas de su rugosa piel. La nariz, nada de griega, era protuberante y cartilaginosa, y tornábase en movediza a la menor impresión que recibiera. Bajo unas cejas cargadas de carne y ligeramente cubiertas con vello blando y sutil, bullíanle los ojuelos grises y bailarines. Era su boca, por lo rasgada, descomunal; pero dábanle expresión dos filas de pequeños y bien apretados dientes, que tenían la blancura de la jibia. Su cabeza, que en forma y tamaño semejava a un calabacín, estaba poblada, a intervalos, por largos mechones de un pelo lacio e incoloro, como de viejo cobre o, si se quiere, de fleco de panoja chamuscada allá por el tardío, al cálido sopapo del vende sú («Ñobis», 1903: 64).

Como los buenos hidalgos montañeses, quizá con la excepción de aquel Don Silvestre, afrancesado y liberal en su juventud, Domingo Cuevas fue conservador y monárquico, y posiblemente carlista como su primo, y en estos relatos expresa claramente dónde estaban sus simpatías. «Allá por los años del 20 al 23 (que se cuentan entre los más infaustos de nuestra historia patria)» -escribe- los curas del pueblo emigraron a Francia para no jurar la Constitución. En carta desde Bayona, se quejaba uno de ellos de la comida y de que «moléstame tropezar a cada paso con tanto judío como por allí bulle porque, como tú sabes, es el mayor enemigo del hombre cristiano» (1903: 57). Comillas era absolutista y tras el triunfo de las tropas de la Santa Alianza, los emigrados volvieron con

gran alegría del pueblo y toque de campanas, recibidos por el alcalde, los regidores y las pandereteras, en medio de *mueras* al absolutismo y a los liberales. («¡Los curas se van!»); «Manú y Juaneta», carlistas vascos, refugiados durante la primera guerra civil, son muy bien acogidos por el vecindario y por los curas; y en tiempos de la Desamortización de Mendizábal, llegaron los «peseteros» a incautarse de la plata de la parroquia, «mandados por un oficial atolondrado, cuya torva mirada ponía espanto en los rapaces». La falsa alarma de que venían los facciosos hizo huir cobardemente a los peseteros, descritos irónica y despectivamente, que se ocultaron «despavoridos» en los maizales. Al fin se llevaron la plata, y fue un día de luto en la villa, pues eran «valiosísimos donativos hechos a su iglesia por hijos preclaros de la villa, varones de fe ardiente y sentimientos elevados. Así marchaba la cosa pública en aquellos tiempos de triste recordación» («Un día triste», 1903: 290-293). Y cuando hizo un viaje a Sevilla, precisa irónicamente que fue cuando «Había cesado la dominación polaca y el país, en cambio, había entrado en el goce del bienio» («Recuerdos de un viaje», 1903: 171).

Cuevas no usa el término «patriarcal» en su nostálgica visión de la sociedad del pasado pero la concebía clasista, paternalista y benévola. Doña Engracia «socorre» a los pobres «con un buen aquel de pique y huesos no mondos y lirondos, que era la señora bondadosa y limosnera [...] Así los pobres en los tiempos de antaño participaban de la bienandanza de los ricos, cuando llegaban las solemnes ocasiones» («La matanza», 1903: 364). Lacanal, que había sido nada menos que Inquisidor en el Perú «en 183...», vivía retirado en el pueblo y todos los años, en el día de Difuntos, cuando se abrían los portillos de la mies y se recogían las panojas, «el bondadoso señor» dejaba siempre entrar a los chiquillos del pueblo en su finca y coger las castañas y las uvas de las parras. Cuando murió de repente «el padre de los pobres, el arrimo de los niños, el noble Inquisidor» dejó en su testamento que se hiciera lo mismo todos los años. Y hoy, lamenta Cuevas, no hay más que la ruina de la casona, comida por las malas yerbas, pero «quedó, sí, el recuerdo imperecedero del magnánimo Inquisidor...» («El Inquisidor», 1903: 352). Y el joven pescador Miguel de los Santos, «un cafeterilla que moraba en un pueblo costero de la tierra», sobrevive a un naufragio, prospera, se casa bien, y cuando tiene ocasión, agradece humildemente a una señora la ayuda que le prestó cuando era niño pobre. («Miguel de los Santos (sin Álvarez)». «Antaño, escribe Cuevas, no estaba el pan al alcance de todos ni era de uso diario» y al tiempo que celebra estas mejoras, lamenta que

aquellos marineros no eran como los de ahora pues el progreso desplazó al pintoresquismo. Mancino «*Fue de la raza de los Tremontorios... que ya non sunt*». («El patrón Mancino», 286)

Aspiración común de muchos escritores del XIX fue expresarse en un castellano castizo, eran lectores de nuestros clásicos y del *Quijote*, y trataron de emular aquella prosa. Uno de ellos fue Cuevas, cuyos relatos en ocasiones imitan el estilo de Cervantes o le parafrasean y citan. Así, «Una mañana, que debió ser de las placenteras del mes de junio [...] echó una ojeada por la inmensidad del océano, que en no pequeña extensión desde allí se descubría». («¡Los curas se van!»); «Tenía a su servicio una dueña llamada Doña Eulogia [...] frisaba su edad...» («Los natales de Jusepe Antón», 146); «atravesó un pedacito de la polvorienta Castilla, y otro, no menor, de la ardiente Extremadura, en jaras, encinas y alcornocos abundante, y llegó a la feraz Andalucía, y a su paso por la gran ciudad del Betis, llevóle los ojos la famosa Torre de la Giralda, aunque, en sus adentros, tuvo por tan alta y esbelta la de su iglesia parroquial» («Un poco de idilio», 81-82). Y en «Recuerdos de un viaje», en ocasión de atravesar la Mancha, abundan las referencias al *Quijote*: una venta «que no la tuvimos por castillo», las «tobosescas tinajas», «malandrín». «el buen Sancho», «dos Maritornes».

También hay referencias en estos relatos a la admiración que tuvo su autor por Pereda: «[el] *muchachuco* que regaba las flores, no ignoras ¡oh lector! que adquirido tiene -en justicia- gran renombre, y ocupa lugar preferente en la república de las letras». («Cómo conocí a Pereda» 1903: 303); «¡Lástima grande que el eximio maestro Pereda cuando, imberbe mancebo, frecuentaba estos lugares, no tuviera tiempo de parar mientes en este tipo, que a habérsele dado las distracciones de mozo, que por entonces llevábanle por otros rumbos, hoy figurara nuestro Ñobis entre los tipos más salientes y mejor acabados de su bien provista y variada galería. Perdóne mi deudo esta disgresión y siga yo con mi relato». («Ñobis»: 67-68); y en «El higarón» sugiere estar al tanto del proceso de redacción de *La Puchera* por su pariente. Por otro lado, la descripción de la juvenil indumentaria de Mingo cuando conoció a Pereda, y la del pequeño Lino («Un poco de idilio») podrían recordar a la del futuro indiano de «¡A las Indias!» . Y la misma historia de Lino, que al parecer fue verdadera, semeja a la del protagonista de «Blasones y talegas».

Pereda llamó «arte hablado» a las imitaciones que hacía Cuevas de gentes muy diversas pues «Voz, estilo, acento, gestos, ademanes, todo

era la pura realidad» (1903: XII). Al llevar al papel las voces de personajes tan diversos, sus relatos quedan esmaltados con los latines de dómynes tan pedantes como el de «El santuco de la mies» y el de «Los natales de Jusepe Antón», «citando siempre a los clásicos y siempre enardecida su imaginación con la bella literatura» (1903: 153); el habla de los aldeanos, «Eso sí, ¡carafis! En buen hora lo diga. Mire que no jaz entobía muchos años que levanté un pedazo de la cárcoba del cierrón que se había esborregao con el aluvión que vino en abril» («A San Andrés», 1903: 208); dice Ñobis: «Pues para que se desengañe, allá va un caso. Dióle a la mi *parienta* una enritación que la cogía desde la nuez hasta la misma boca del estógamu; por la banda de dentro, se entiende. Pues bien, recetola el cerujanu un refresco *por lo fino*. Ná más que agua de limón y a más de tó había de ser a pasto, como se dice» (La leñera de la casona, 144). La de jándalos como Frasquito, quien mezcla palabras y giros andaluces con los del pueblo. («Los natales de Jusepe Anton», 1903) o la de Gelio, un mozo de poco fuste, quien «para hacer hablar las tarrañuelas en el corro y lucir el ramo de siemprevivas en el calañés se pinta solo», y que trata de convencer así a su novia: «Vamo a ve, Roncha, hija! Ya me tienes a tu vera. ¿Eyo cuando é finiquito?... Mira que tengo que vorvé por mi trabajo de aceite en Seviya, que lo tengo encomendao a segunda mano, y tú ya sabrá aqueyo de que el ojo del amo engorda er cabayo... ¿Entiendes tú, mi vida?» («La velada en el Molino», 1903: 313).

No faltan muestras del habla de la gente de la costa. Así describe un pulpo el protagonista de «El higarón» (120)

Vi... i... i... ¡Pero, Dios!... ¡qué rabos!... parecían a modo de *ramajales de culiebras*, que le salían por debajo de la capilla... ¡me valga!... ¡qué capilla!... mire usted... cuando yo me somé ¡colia!... ¿me vio usted por si acaso?... Bueno, pues en estonces escomenzaba *él* a asomar por la raya de la peñona, y sacaba un rabo, y le volvía a meter, y después otro y otro, y luego de pronto ¡me valga!... escomenzó a largar rabos por las bandas..., y a nadar, y cuando iba por la metá del pozo, más que menos, dio en gomitir tinta y enseguida chapló.

Pero el conde de Güell escuchó de boca de Cuevas y transcribió una curiosa anécdota que merecía haberse incluido en *Antaño*, pero que, por razones obvias, no lo fue. La transcribo, tanto por ser un buen ejemplo de aquel modo de expresarse, como por su curiosidad.

Te contaré cómo fue, el Príncipe [que Güell no nombra], volvía de la playa con su ayudante de bañarse. Por el camino del muelle venía en la misma dirección y había de pasar junto a él la Patica, la hija de Patico, que era el más bravo de los marineros del pueblo. Ella venía cargada con los cestos, las redes y las cañas de su padre. Era la mujer más guapa que yo he visto. Contaría entonces diez y siete años, pero estaba tan formada como si tuviera veinticinco. Tenía facciones de medallón romano, colorido de manzana sobre ese fondo tostado que forman en la piel el sol y el salitre; su pelo era castaño de fondo pero con vetas claras y mates del tono de las hojas del panojo. El cuerpo que parecía no de carne sino de músculo por su fijeza tenía desde arriba abajo esa línea de equilibrio y sólida esbeltez que da a las mujeres del Cantábrico el hábito de llevar desde la niñez en la cabeza la herrada llena de agua.

El Soberano cuando ella pasó junto a él no pudo contener su admiración y al echarla un piropo... tendió el brazo.

Fue instantánea la respuesta de la Patica.

Sin descomponerse, como pudiera hacer un gesto una estatua, pues no se le movieron los cestos y las artes que llevaba en la cabeza, le lanzó de revés una bofetada.

Ya te puedes figurar el run run que se armó en el pueblo.

Yo no pude resistir la tentación de ir por la tarde a casa del Patico y me acuerdo como si la estuviera viendo de aquella escena.

Allí estaba la Patica, que se llamaba Micaela, llorando de miedo por lo que la iba a ocurrir. La rodeaba toda la familia embargada de admiración y conmiseración. Patico desde una esquina acompasadamente y con su voz de aguardiente, repetía: Bien hiciste, bien hiciste.

Al verme entrar, se dirigió ella a mí, entre sollozos, diciendo: - Dios mío, don Domingo, que mi matan, que mi matan! ¡Qui estoy segura que esi mi hace matar!

-Pero, mujer, ¿no le conociste?

-Bien que li conocí pero se mi fue la manu, don Domingo, se mi fue la manu! Cristo del Amparo que si no mi salva don Antonio ya no mi salva naide. Háblele, don Domingo, de la mi parte a don Antonio [el primer marqués de Comillas] y dígame por el Cristo del Amparo que intercea por mí y mi salve, que si no fue para defendernus a nosotros para qué le hicieron Marqués de este pueblo, Dios mío».[...]

Aquella misma tarde llegó a casa de Patico un recado, el Príncipe encargaba a la pescadora que felicitara a su novio por lo que había ocurrido, en nombre del Rey de España (1929: 139-141).

Para la fidedigna imitación de tantos personajes contaba Cuevas con extraordinarias dotes de observación, que abarcaban también a la

relación que aquellos tenían con su propio mundo. De los usos y costumbres de aquella sociedad recogió los relacionados con la vida de sus personajes; y hoy tienen carácter costumbrista y, en ocasiones, un valor etnográfico, no pretendido originalmente por su autor. Valgan de ejemplo como cuadros de costumbres las reuniones en casa de Jusepe Antón y en la de don Silvestre, y a las que asisten diversos personajes vivos identificables como tipos costumbristas, como son los dómynes pedantes o los jándalos fachendosos; también la escena de la tempestad marítima, con el toque de *tente nube*, «triste, monótono y acompasado» y el exorcismo del sacerdote («Peñuca el lunático»); la de la romería y ruego a San Andrés en el mes de mayo, con la procesión por los prados hacia el cementerio, donde se bendice a los muertos y se pide por la fertilidad de los campos. («A San Andrés!»); la detallada descripción de la costumbre de abrir los portillos de la mies y recoger las panojas el día de Difuntos («El Inquisidor»); y el relato de un viaje a Sevilla en el que destacan las accidentadas peripecias que solían presentarse a mediados de aquel siglo. («Recuerdos de un viaje»). Merecen notarse otras descripciones de escenarios como el del interior de una leñera:

las ratas, tan negras y sucias como las inmundas cloacas que constituyen su morada invaden aquel lugar al caer de la tarde, y chillan y retozan, allá en la oscuridad por entre las amontonadas astillas, de las cuales surgen destellos de luces, de cementerio; destellos que deslumbran al leñador y le ponen en sobresalto, creyendo ver en aquellos resplandores las almas de sus deudos que penan. Unas cuantas gallinas, ateridas de frío, hechas una bola, lacia y desmayada la cola, hispido el plumaje y recogido el pescuezo van llegando de fuera y entran cada cual a su vez, en el local por la *gatera* de la puerta. El gallo celoso y custodio fiel de sus gallinas, entra el último y avanza cauteloso, erguido y con la roja cresta empinada («La leñera de la casona» 140-141) .

O ésta del interior de un molino:

Los molinos de la tierra, entonces al uso, carecían de ciertos adminículos, valga la palabra, que al presente se usan. Reducíase todo su ajuar a un banco malparado, que figurara cuando nuevo, en la cocina de la casona solariega que vino a menos; una alacena con las puertas derrengadas, para guardar en ella la tosca vasija, consistente en un jarro con boquera para leche, un botijo con flemones para el agua, una alcuza con estalactitas de sarro, y un plato hondo, con sarampión, para el potaje,

ostentando a las veces en el fondo a modo de una ave mitológica, un pelicano, pinto el caso. («La velada en el molino», 1903: 308).

Y alcanzarían carácter etnográfico la descripción de la pesca del erizo, del chaparrudo y de las anguilas: «los muchachos traían, bajo el brazo, unos haces de flexible varas, rematadas por una tanza y empatillado a ellas un fino beurizo (anzuelo pequeño)», («Un poco de idilio»); o la muy detallada de la matanza del chon («La matanza»).

Como observador sensible y amante de su tierra, Cuevas ha dejado vívidas descripciones del paisaje, como el de la zona costera de Comillas:

Hállase el verdadero resguardo del cabo M. Crecen por la parte del Sur espesísimos y enmarañados matorrales, que hacen aquel lugar severo y allá, en lo más escondido de aquellas malezas, toma albergue el jabalí cuando se ve obligado por las nieves a dejar el apartado monte.

El gruñir de este animal salvaje, junto con el chillido penetrante de las nutrias que retozan, saltan y brincan por los juncales de las cercanas marismas; los silbos -siempre lúgubres- de las alondras marinas, que agrupadas recorren las orillas de la playa, en revuelos y evoluciones a capricho; las bandadas de ánades, grullas y garzas que bullen por aquellas isletas; las avefrías, en fin, que dejan oír su grito de alerta a modo de quejido, allá sobre las mesetas de los prados en donde se posan... Todos estos ruidos al cerrar de la noche, tenidos por de mal de agüero entre las gentes de la costa, junto con el horrisono bramido de las olas, que parecen querer atropellar sus límites, estrellándose contra los ingentes peñascos, ponían en sobresalto a las muchas gentes que a pie firme se extendían en todo el largo de aquella dilatada playa. («Miguel de los Santos (sin Álvarez)»: 335-336),

o ésta otra, de un viaje del autor cuando era niño, a la vista de Requejada:

Parecióme que se habían allando los montes por los cuatro vientos cardinales, y que entraba en una región de luz que yo jamás soñé. Principalmente llevó mi atención el serpear de los pataches por entre isletas de verdura y de juncales, llevados por la pleamar hasta rozar con el pantoque las floridas lindes que sirven de valladar a los maizales. Y fue mayor mi sorpresa, y entonces sí que me pareció haber entrado de lleno en el mundo imaginado, al pisar aquella ancha carretera, por donde entendí que se podía recorrer todo el mundo sin perderse. Y no fue

menor mi admiración ver cómo desaparecían a mi vista en vertiginosa carrera coches, carromatos y toda clase de vehículos, jinetes y peones; todos en marcha activa y diligente, como llevados en alas del tráfago; y todo esto acompañado con el chasquido de las fustas y la garulla de mayores y trajinantes que me tenían aturrido con su destemplada grita. («Cómo conocí a Pereda», 1903: 298-299).

*

La vida de Domingo Cuevas estuvo estrechamente unida a la de José María de Pereda, su querido y admirado pariente, quien correspondió a su cariño desde sus primeros años: «Líganme a él, [a Cuevas] además de muy estrechos vínculos de parentesco, otros no menos fuertes de fraternal cariño engendrado por la concordancia de ideas y sentimientos en puntos muy esenciales de la vida del espíritu, y el frecuente trato familiar desde las aulas del Instituto» (1903: VI-VII); y al decir de sus contemporáneos, Mingo llegó incluso a imitar en el atuendo a su pariente.

Bien mediado el siglo fue un hidalgo de Comillas, de escasos recursos, y mala salud, nostálgico del pasado idealizado y estático que evocó en sus relatos, y que vivió a la vez resignado y contento de no salir de su tierra. Fue un hombre de bien que se identificó con los humildes y con los solitarios, a los que pintó con humorismo y con cariño, y él mismo fue un personaje de los que asoman por las páginas del autor de *Peñas arriba*.

Domingo Cuevas llegó a la escritura por el desusado camino de la oralidad y sus dotes de observación y sus descripciones de personajes, escenas y lugares dieron a sus relatos escritos un inesperado valor costumbrista y, en ocasiones, etnográfico, posiblemente no pretendido por él, que le otorgan hoy un merecido lugar entre los narradores de Cantabria.

ANEJOS

I. CARTAS DE PEREDA A DOMINGO CUEVAS

«Pocos días después de la muerte de su deudo queridísimo, me prestó Cuevas [...] muchas [cartas], no se si todas las que guardaba de todas las que le había ido escribiendo don Jose Maria. Quedéme con copia integra de alguna de ellas y de uno o más fragmentos de casi todas las restantes. Ocupa este traslado cuarenta y dos cuartillas de finísima letra [...] la colección, salvo una excepción curiosa de que luego hablaré, no abarca más que desde 1888 hasta 1905.» (Eduardo de Huidobro,, «Pereda en el género epistolar», *Boletín de la Biblioteca de*

Menéndez Pelayo, XVI (1933), 8-30). Huidobro se refiere a «la copiosa coleccion de cartas particulares que Pereda fue escribiendo a su excelente primo don Domingo Cuevas, y que este guardaba, coleccion de la que ya alguna vez he ofrecido al publico interesantes trozos [...] casi todas pertenecen a su vejez» [Eduardo de Huidobro, «Como recuerdo», *El Diario Montañés*, Viernes, 1 de marzo de 1919, pág.1].

Requejada y Agosto 2 de 1851: Caro Primo: algo te estrañará en verdad el que mi contestación sea tan al canto pero sabrás porqué. En la tuya y al fin de la 2ª. llana se dejan ver unas palabritas, que es necesario contestar a tiempo; porque son como el fuego, que si cuando empieza no se apaga, después que se ha cebado ya es imposible: así las tales ahora que empiezan es el desmentirlas, porque si en dos días han llegado tan lejos ¿qué no trascenderán en 8 o más?

No niego que en la d^{ha} copia había una línea de puntos suspensivos y otra id con las letras jechás pa tras, pero lo que niego sí es la consecuencia q^e de ellas se deduce; para aplaudir o silbar es necesario ver las partes, nadie sabe el objeto de tal y sin embargo vea V. el promontorio que se eleva..., pues yo digo que miente quien lo atribuye a lo que tú, y para eso tomo la palabra.

En el original de la dichosa copia se leen infinitos renglones con puntos y letra bastardilla p^a indicar (según dice el autor) las palabras de mayor cuantía (que así las llama). Oliendo yo una catástrofe, traté de hacerlas todas iguales como en efecto lo conseguí, mas quiso mi mala estrella q^e me distrajera un rato, y fue cuando llegué a las dichas flores y las copié tales cuales estaban en el original. Si es necesario acreditarlo más, como dice Tío Vicente Villa, documentos cantarán; me obligo a presentar el original. Sabido esto, el que quiera aplaudir que aplauda, y el que no que silbe, me importa poco... Si como fueron dos líneas ha sido más y otra cosa... ¡jira de Dios!! lo mismo se publican.

Cada palabra concerniente al capítulo que trata de la chocolatada, era p^a mí una sopa de tal; pero con la diferencia de que a mí no me podían ocasionar indigestión y a vos-otr-o-as, sí. Buen provecho, Señorito.

En cuanto al baile y demás ¿que te diré? que en todo soy desgraciado. En lo que estuve en esa, solo en tu casa me divertí, pues fuera si no son chaparrones y propensiones a romperme la crisma no hubo más; scriptum erat yo no había de ver cosa notable.

¿Que dice Susana del carabinero después de ver en él un pozo de ciencia? Pregúntaselo.

Gacetilla

Carpetazo en él = A D. Juan Cacho le han embutido en el Convento de las Caldas. Bien está en él. ¿Quién tiene la culpa? Yo bien lo sé pero, pero él ni jota.

Llegada de tres personajes = El sábado por mañana llegó a esta el Jurisconsulto D. Juan M^o San Pedro. El mismo por la tarde tuvimos el gusto de ver en nuestra compañía al joven y distinguido Pintor D. Federico P. de la Riva al que acompañaba su hermano Victoriano; estos últimos marcharon el domingo siguiente, y el primero el lunes.

Rumores = Se asegura que el día de S^o Roque habrá gran función en el sitio de su advocación. Habrá comedia y cohetes.

Disimula los garabatos, pues está hecho a galope por tener otra cosa entre manos. Da memorias a quien me las dio y en especial a mis «Primas» y Tía P.[?] a la que voy a poner 4 letras, a Dios, hasta la tuya. Tu primo

José Ma.

P.D. Juan Crisóstomo se encuentra aquí desde hayer [sic]. [Ms 1395 BMS].

Santander y Noviembre 5 de 1851: Carísimo Domingo: tu epistolísima llegó a las manos que aquesto facen, a su debido tiempo, y por ella veo los deliciosos momentos que os circunda...ban, al par que contemplo la desolación en que ha quedado ese *Misterioso* pueblo, que antes orgulloso ostentaba en cada calle una beldad y ahora mísero llora.

Ausencias de Dulcineas (tales o cuales) de ...

¡Eso es lo que tiene, oh caro, un pueblo de tontos!

A Saturnino (aunque tarde) le darás en mi nombre la enhorabuena por su nuevo estado encargándole ruegue a Dios por este mísero prójimo a fin de que le prolongue (si lo creyere conveniente) la vida un día más que aquel en que se lo pida; pues creo que sus oraciones serán a los ojos del Supremo Ser más fructuosas que las nuestras, pobres pecadores.

Sabrás V. cómo he venido ayer de polanco (ni P. merece) en el cual pueblo he habitado dende el jueves pp^{do}. hasta el infrascrito día. Sabrás V. cómo vinimos con un muelle roto, el cual muelle componieron en el Puente de Arce y llegamos a esta...Ciudad ya bien denocheció...y con trabajillos, hermano.

Ni Robinsón en la Isla pasó más torturas que yo en d^{ho} pueblo, pues aquello no era sino surcar mares cada vez que salía de casa.

Toda esta fam^a, incluso Norberto me dice que te vengas que dentro de pocos días llegará la Opera; pero ¿cómo? si según carta de tu Madre a la mía está en esa el Arcipriescu (como decía el Pasiego) y por consiguiente, confiteor eris, eri, essus, sum y...aquí tenemos una próxima y repróxima comp^a de verso que no merece ni verse ni oírse y menos aflojar el bolsillo; aunque ¡oh miserial! por asiento y entrada solo exigen 6 r^s.

En fin, caro Mingo, muchas cosas te diría pero hoy estoy muy de prisa y no puedo más; da mi cariñoso recuerdo a mis Tía y Prima y (como dicen los Jándalos) a todos los que pregunten por mí; y ordena, manda y remanda a tu eterno y sempiterno Primo

José Ma. de Pereda
Conque lo dicho = N. B.
[Ms 1395 BMS]

Madrid, 25 de O^{bre} de 1852: Querido Domingo: rec^o tu ap^{ble} 7 del corriente y ella me informa de tu buen estado de salud así como el de la demás fam^a; la mía es guena a Dios gra^s p^a lo que gustes mandar, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad.

Si fuera a relatarte mis aventuras de camino con sus correspondientes deducciones sería interminable, vive Dios.

Si fuera solo la esencia sería no saber nada con que así si no tuvieras mucha prisa ya habría tiempo de decir algo, y con eso se podría también dar desenlace al cuento pues hasta la f[e]cha no me es posible. Entonces sabrás lo que es un vuelco a media noche en un páramo con tales y cuales circunstancias, y sobre todo la ventaja de poseer lo que tanto me habéis calumniado, la robustez. ¿Quién hubiera sufrido una noche semejante en que después de prestar ausilios *interesantes* se despoja hasta casi quedar en mangas de camisa, de todos abrigos por abrigar al seco débil? La robustez y nadie más, y sino allí se vió. Estas son las bases fundamentales del caso y ya habrá tiempo de saberlo.

No se cómo podré darte cuenta de lo que es un invierno en Madrid, cuando no le veo más que de 8 en 8 días, por decirlo así, cuando mis paisanos, los domingos me tienden la mano y se pasman de no haberme visto en toda la semana un solo minuto, en una palabra, cuando siento la 1 y las 2 de la mañana, y todavía estoy con el libro en la mano. Esta no es exageración. Te lo probaré, si es necesario y menos palabras: lo que tenemos que hacer es mucho y el tiempo poco, de modo que del cuero han de salir las correas. Sin embargo, si algo hay, ya te avisaré.

Ya sabía antes de venir que teníais una gran compañía de Opera, así es que no me has asustado. También estaba enterado del proyecto de Victoriano.

Deseo que te diviertas y que des pleno gusto a tu *palagar* con el célebre Caracas. En mi nombre tomarás en mi casa, un día por lo menos, mi jícara de chocolate, que con la tuya serán dos; espero no me dejarás descontento por este pequeño y *dulce* favor que te pido. Yo me despedí ya de tan sabroso bocado hasta que vuelva a acompañarte a esa pues aquí a la misma hora le remplaza el pesado puchero y caliente sopa. A pesar de todo cierta noche (domingo, por supuesto) me tomé un par de ellas con el intervalo de una hora, y después de haber comido, en la inteligencia que la cena se hizo y se tomó en un entre-acto, pues fue en el Teatro. De ello podrá darte fe nuestro condiscípulo Pelayo, que tomó otra.

He visto tu casa en la calle que dices pero no esquina a la del Príncipe sino inmediata, me la enseñó Federico, y es muy buena, aunque de pocas dimensiones.

Yo no puedo estenderme más pues tengo que salir en este momº, dispénsame tanto garabato, ámate a hacer un viajecito y verás al menos una ópera en regla y otras cosas, quedando mientras con expresiones a mi Tía y primas tu afº primo

José Ma.

[Ms 1395 BMS]

«Una sola carta de la juventud de Pereda he visto. La hallé en el legajo de Cuevas. Bien pocas serán las de aquel tiempo que no hayan desaparecido.[...] Desde Madrid, pues, escribía el joven José María a su primo Domingo el 9 de diciembre de 1853 [...]: cuando solo contaba veinte años y era estudiante en Madrid, dirigió a Cuevas otra carta que tiene la fecha de 9 de diciembre de 1853, de la cual carta transcribo el siguiente párrafo».

Domingo el 9 de diciembre de 1853 «Ay Mingo, preciso es que te confiese que aquí, cuando por fas cuando por nefas, siempre hay alientes que arrastran a uno en pos de la corte, y que al fin y postre llega uno a mirarla con demasiado apego y llegará día en que se sienta trocar por la pluviosa e insípida Montaña; si bien para remedio de males y para compensación de la voluble humanidad que lo experimente, estará cuando menos la familia que le espera y atrae más que todos los placeres cortesanos». [Eduardo de Huidobro, «Como recuerdo», *Diario Montañés*, Viernes, 1 de marzo de 1919, pág.1; «Pereda en el género epistolar», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, XVI (1933), 8-30]

Santander, 27 de Marzo / 86. Querido Mingo: Conformes de toda conformidad sobre el asunto primordial de la carta del 12, a la cual no he contestado hasta hoy porque entre otras impertinencias, me han distraído los preparativos de viaje a Polanco de Diodora y Salvador, que ya están allá; sahumerios, pinturas y no sé cuánto más para desinfectar la habitación del enfermo, por prescripción facultativa. Pasado mañana, sábado, iré yo a Polanco con los demás niños, que aun están en casa de mi herª, los dejare allí y yo me volveré el martes, solo y amurriado. Y vamos a otra cosa.

Me enteré con sumo gusto de la carta de Evaristo, que me incluías en la tuya citada y te devuelvo hoy; y la [*palabra ileg.*] impresión causó a mis hermanas, en cuyo nombre te digo, para que se lo adviertas a las primas de Jerez, que abundando en los mismos sentimientos que ellas, nada más grato y hacedero para nosotros que reanudar la interrumpida comunicación entre ambas familias puesto que ni siquiera se opone a ella [*tenemos que vencer, tach.*] el [*palabra ileg.*] [*de un mal pensamiento, tach.*] de una repugnancia, objeto de rencores que jamás hemos sentido.

Al trasmitirles estas cordiales declaraciones, es preciso que, por tu parte, les añadas [*que, tach.*] a fin de que por tardías no les parezcan forzadas,

que aunque la carta de Evaristo es del 19 de Febº yo no he tenido conocimiento de ella hasta el 15 del corriente por culpa de tu inverosímil indolencia; y asimismo que no les extrañe que sea yo y no Evaristo quien lleve explícita la voz cantante aunque desgraciadamente aquel está incapacitado para escribir y hasta para leer, como tú sabes bien. [MS 1748 BNC].

Santander, 27 de Octubre de 1889: Pereda no sabía nada de las nuevas aficiones de Mingo y cuando leyó «El santuco de la mies» le escribió de inmediato «Mientras yo en Polanco te suponía esperando a que escampara para hacernos la prometida visita en compañía de Pepe García, o a lo sumo *madurando* el catarro entre mantas, ha resultado que estabas dándole a la péñola para relatar con ella algo de lo mucho que tan a lo vivo nos has pintado de palabra. Y en verdad, en verdad te declare, oh Mingo de los demonios, que me has dejado sorprendido con el ensayo. Es de oro *El santuco* ese que has pintado en *La Época* y el *Boletín* ha reproducido ayer. No parece la obra de un pintor que se estrena; porque está compuesta con gran arte y soberanamente escrita». [Eduardo de Huidobro, «Pereda en el género epistolar», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, XVI (1933), 8-30].

[Polanco?] 8 de septiembre de 1891: «Mi enhorabuena por tu Nobis que he leído en *El Atlántico*. Es un bocetito de muy buen arte, que no tiene otro defecto que el de saber *a poco*. Pon mayor lienzo en el bastidor para la primera, no te duelan los colores y, sobre todo no te encojas ni empereces, porque en Dios y en mi anima te declaro que lo haces de perlas.» [Eduardo de Huidobro, «Pereda en el género epistolar», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, XVI (1933), 8-30].

[Santander?] 11 de diciembre de 1891. En 1891 Pereda hizo edificar el panteón de familia, lo que hizo pensar a muchos que se retiraba de la vida activa; en carta a Mingo del 11 de diciembre de aquel año, 1891, escribe: «De lo de mi sepulcro no hagas mayormente caso. Cierito que le he labrado en Polanco y que como buen creyente cargado de canas me miro en él con mayor tranquilidad de la que se usa en tales casos en otras edades más retozonas de la vida; pero en lo tocante a darme por muerto y al cilicio inclemente, pura *fantesía* de periódicos entremetidos. ¡Ojalá no lo fuera!» [Eduardo de Huidobro, «Como recuerdo», *Diario Montañés*, Viernes, 1 de marzo de 1919, pág.1].

[Santander?] 11 de diciembre de 1891. «No te *engurruñes* a lo mejor del trabajo»- le decía Pereda, y unos meses despues, deseoso de corregir este defecto le proponía lo siguiente: «Celebrare que cuando vengas me traigas tela en el telar todavía: a ver si consigo, cogiendote a tiempo, que no metas a barato

los cuadros, forzando la maquina para rematarlos antes de lo conveniente.» Mas no dejaba de alentarle a cada nuevo trabajo que Cuevas le ofrecía.

Junio de 1892. «En verdad te digo que si la cosa acabara como empieza, es decir, subordinandose todo el asunto a la zapata, el pulpo y el congrio del pozo tremebundo, el cuadro habria resultado estupendo. Asi y todo, es notabilísimo por la frescura de su color y la gracia del dibujo, particularmente en la primera parte. La *vision* de Elerusque es magistral, y el *relate* de ella insuperable; tanto que el lector ha de llamarse a engaño, como me llamé yo, al ver que no reaparece en el cuento el simpatico granuja y se echa en olvido el pozo con sus misterios, no obstante la caña del veterano pescador y la donosa excusion de Chisco a la playa, con otros muy pintorescos detalles que no dejan de abundar en en la parte segunda de la *humorada*. A otra, Mingo, porque verdaderamente lo entiendes». [Acerca de «El Higarón», Eduardo de Huidobro, «Domingo Cuevas», *El Diario Montañés*, 4 de septiembre de 1907].

Polanco, 19 de agosto de 1893. En el verano de 1893 Pereda estaba escribiendo *Peñas arriba*, y en carta a Mingo del 19 de agosto de 1893, escribia desde Polanco: «Desde pocos días después, es decir, en cuento me dejaron solo y con tranquilidad, me arrimé al trabajo de las cuartillas, y así continuo, amarrado a él como burro a la noria, tira que tira sin cesar, y siempre faltándome más camino que el que dejo andado. Estoy de peñas hasta la coronilla; y por si eran pocas las que me había tragado, vino el Sordo por aquí, empeñose en enseñarme el puerto de Sejos y el valle de Campóo, Proaño inclusive, y entre ir y volver, y verle a medias por causa de la niebla, aunque viendo otras cosas que no había visto y me han servido para rectificar muchos errores cometidos en el itinerario de mi personaje, se me fue cerca de una semana». [Eduardo de Huidobro, «Como recuerdo», *El Diario Montañés*, Viernes, 1 de marzo de 1919, pág.1; y «Pereda en el género epistolar», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, XVI (1933), 8-30]

[Santander?], 31 de diciembre, 1895 «El estrago de los vómitos y la dieta consiguiente, larga y extrema me dejaron en un estado de gran decaimiento que aun me dura, no obstante hacer ya unos días que como regularmente y salgo de casa. Goteras, Mingo, de edificio viejo que cada vez abren mayor boquete» [Eduardo de Huidobro, «Como recuerdo», *El Diario Montañés*, Viernes, 1 de marzo de 1919, pág.1].

[Fines de enero de 1896]: «Un mes después, aun no restablecido del todo»... «Tampoco hoy voy[?] a enquiarme [texto borroso] completamente, por más que lo procuro pesando la alimentación y poniéndome a régimen en todo... menos en fumar, que es lo que más daño me hace pero el hombre es

así: necio y desatinado de suyo ¿y que le vamos a hacer?

Las fechas de las siguientes cartas, tal como las cita Huidobro resultan un tanto confusas:

Polanco, 23 de agosto, [1896?] «Entre tanto, aquí vivimos en perpetuo remojo y con musgo ya, como los cantos de las pozas. Desde que tengo uso de razón no he visto un mes de agosto semejante... Ni para comunicar con la familia de Requejada, según costumbre de otros años, hemos tenido más que dos o tres escampás desde que vinimos. [Eduardo de Huidobro, «Como recuerdo», *El Diario Montañés*, Viernes, 1 de marzo de 1919, pág.1].

([Santander?] 23 de agosto de 1897). No se me irán a mí fácilmente de la memoria las lluvias del verano y del otoño de 1896. ¡Qué horrible fue aquello, aun para los que por haber vivido aquí casi toda la vida estamos avezados a no ver el sol la mitad, poco más o menos, de los días del año! Allá por Santa Ana empezó la cosa». A principios de septiembre se nos dio un corto respiro; pero ¡ay después!... ¡Qué manera de diluviar, hasta no sé cuando, creo que hasta que se acabó el año!» Eduardo de Huidobro, «Como recuerdo», *El Diario Montañés*, Viernes, 1 de marzo de 1919, pag.1.

Santander, 23 de noviembre 1897: El 23 de noviembre del mismo año, trataba de consolar a Cuevas: «En lo que te pasa ahí con motivo de los interminables aguaceros y de lo cual te lamentas, bien acompañado vas. ¿Quién no tiene ya berzas en las pantorrillas o musgo sobre el estómago? Hoy hace un poco de sol, pero por lo avergonzado y ruboroso que anda sobre los tejados, me temo que se esconda pronto y vuelvan las celleriscas. Ve, pues, resignándote; y ‘a mal tiempo buena cara’. No nos queda otro remedio» [Eduardo de Huidobro, «Como recuerdo», *El Diario Montañés*, Viernes, 1 de marzo de 1919, pág.1].

[Santander?] 25 de marzo de 1898. En los primeros meses de 1898 Pereda perdió a varios amigos y en carta del 25 de marzo de 1898 a Cuevas, quien no había podido venir a pasar con el la fiesta de San Jose: «Por lo demás, casi haces bien en no aportar por aquí, donde no se ven más que desdichas de un tiempo acá. No recuerdo haber visto nunca desaparecer en tan breve plazo mayor número de amigos íntimos y de conocidos. El último de la lista fúnebre, como ya sabrás, ha sido el que yo hacía inmortal, el pobre Guantero, a cuya falta no puedo acostumbrarme. Más que un hombre, para nosotros era una institución. Dios le habrá dado el premio que merecían, humanamente juzgando, sus grandes y singulares virtudes. En rigor, de toda aquella apretada falange de otros tiempos, cuyo centro fue la Guantería, no quedamos ya más que Sinforoso y yo. ¡Y en qué estado moral! Porque has de saberte que aquel

amigo, desde la muerte de su cuñado Mazarrasa, ha dado un tremendo bajón de espíritu» [Eduardo de Huidobro, «Como recuerdo», *El Diario Montañés*, Viernes, 1 de marzo de 1919, pág.1].

[Santander?] 13 de julio de 1898: «Estos inauditos desastres de la guerra me tienen atolondrado, y aun no se a punto fijo si es preferible para mí, devorar en silencio en estas soledades las bilis que se le desbordan a uno en los adentros o desfogarse despotricando contra todo lo nacido entre las gentes». Agradece la invitación de Cuevas a pasar la feria del Cristo en Comillas pero «Otra vez será, si es que de estas nos queda voluntad, humor ni vergüenza para presentarnos a la luz del sol. Dicen que viene el yankee. ¡Ojalá sea verdad, si se logra con ello hacer más patentes las vilezas de estos políticos que a tales extremos nos han conducido, y se lo lleva todo el demonio de una vez para siempre [Eduardo de Huidobro, «Pereda en el género epistolar», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, XVI (1933), 8-30]

[Santander?] 4 de septiembre de 1898: «Esto es cocerse uno vivo; y con ello, y lo de la patria, y el espectáculo de estos espectros que llegan a diario de Ultramar, yo no sé qué es de mí ni de los demás: viví como una bestia, y no sé por donde voy ni adonde volver los ojos: todo esto que pasa es la muerte y además la ignominia. No es posible caer más abajo ni en charca más hedionda; porque hasta creo que no llegamos a tres docenas los españoles que nos avergonzamos de ello» [Eduardo de Huidobro, «Pereda en el género epistolar», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, XVI (1933), 8-30]

[Santander?] 17 de septiembre de 1900: «Querido Mingo: Tuve, en efecto, un cólico dolorosísimo, solo se calmaba con inyecciones de morfina. Me costó dos días de cama, dejome descuajaringado, y por mor de la debilidad, no he podido salir de casa hasta hoy. Me estrenaré visitando al infeliz Camino [el pintor Fernando Pérez de Camino], y te aseguro que esta visita me ha de causar escalofríos. No le he hecho otra desde que andaba por el mundo esperando la operación, que yo le pintaba como la cosa más corriente, hacedera y regeneradora. Entre lo que él esperará creyéndose operado, y lo que sentiré en su presencia mientras desempeñe el papel convenido ¡qué diferencia tan enorme! A mí se me había ocultado la verdad de lo ocurrido, por respeto a la situación en que me encontraba. Precisamente tu carta fue la que puso mis sospechas, pues había infundido algunas lo poco y vago que respondían los médicos a mis preguntas sobre la operación, en una tirantez vibrante. Llegó Zorrilla a verme pocas horas después, acoséle a preguntas, y ya no pudo ocultarme la verdad. Lo terrible de ella, que ya te será bien conocido por el mismo Pepe, que está ahí, excluye todo comentario. Desde que estoy al tanto de las cosas, no puedo echar de la imaginación al infortunado amigo, de día y de

noche, despierto y soñando. Que Dios le mantenga en su ceguera de enfermo grave y sordo a las imprudencias de los oficiosos compasivos. Es el único bien que, de tejas abajo, se le puede desear con probabilidades de conseguirlo. ¡Qué triste es esto!..» [Eduardo de Huidobro, «Pereda en el género epistolar», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, XVI (1933), 8-30]

[Santander?] 5 de noviembre de 1903: Pereda acabó el prólogo al libro de cuentos *Antaño* (1903) de Domingo Cuevas el 3 de noviembre de 1903, según carta a éste del 5 de noviembre de 1903: «Al fin terminé anteayer el trabajillo que te había prometido para tu libro, después de numerosas y largas interrupciones, como si el diablo se hubiera propuesto ocasionarme en pocos días todas las imaginables ordinariamente en todo el año. Y así ha salido ello, como si no fuera bastante motivo [*tres palabras ilegibles*] para salir mal esta ya incurable sequedad de meollo en que vivo años hace. En esta disposición te escribo para preguntarte qué hago de ello [*dos palabras ilegibles*] para gobierno tuyo y por mi cálculo, que no suele fallar, darán las cuartillas escritas 19 o 20 páginas impresas, si el tamaño del nuevo libro es igual al del anterior».

«Nada te digo de lo que acaba de pasar aquí, porque te supongo enterado de ello por los papeles. Todo está ya en paz y lo estará mientras el asunto corra de la cuenta de la autoridad militar pero en cuanto volvamos a la normalidad, tornaremos a las andadas con algún pretexto y en mayores proporciones. Porque eso se va observando; con la práctica van educándose las masas y cundiendo la carcoma. Dios nos tenga de su mano». [Eduardo de Huidobro, «Como recuerdo», *El Diario Montañés*, Viernes, 1 de marzo de 1919, pág.1. Se refiere a los motines callejeros con motivo de haber triunfado los republicanos en las elecciones municipales].

Polanco el 24 de septiembre de 1904: En la carta fechada en Polanco el 24 de septiembre de 1904, de mano ajena, Pereda informa a Mingo que el 1 de octubre saldría para Santander y no se hacía ilusiones acerca de su salud: «Vuelvome en el mismo estado en que me viste la última vez que rápidamente me visitasteis. Dícenme que esto es haber ganado mucho en la temporada, y yo hago que lo creo, porque no es cosa de llevar la contraria a gentes de tan buenas intenciones; pero me es forzoso atenerme a lo que palpo, y es que tan inútil me veo cuando me marcho como me vi cuando vine, porque esto es la pura verdad. [Eduardo de Huidobro, «Como recuerdo», *El Diario Montañés*, Viernes, 1 de marzo de 1919, pág.1].

I. **CARTAS DE CUEVAS****Comillas (Cantabria), 11.XII.1905**

Querido Enrique: Mucho le agradezco su primoroso librito «Cuentos y trazos» cuya lectura deleita a la par que enseña y no le agradezco menos la dedicatoria que tanto me honra.

Bien quisiera allá cuando venga la buena estación, que se animara usted, acompañado de su señora, a visitarme de nuevo! Ya sabe usted que hay una habitacion muy apropósito para que ustedes la ocupen, aunque modesta. La Perceba nos pondrá ollas bien sazonadas y alguna golosina por añadidura. Para entonces, Dios querrá que me den algun respiro los achaques que me atropellan.

Más de dos meses ha que no salgo de casa, metido por los tizones.

¿Qué le diré para mi primo Pereda? Dios sabe cuándo le veré. Mis buenos recuerdos a Pedro Sánchez, Villatorre, &.

Y usted, mi excelente amigo vea en qué puede complacerle su afmo.

D. Cuevas

[Fernández Lera, Rosa y Andres del Rey Sayagués, eds., *Enrique Menéndez Pelayo. Epistolario*. Santander: Biblioteca de Menéndez Pelayo, 2013 (cartas 162-166, págs. 98-100)].

Comillas (Cantabria), 4-III-1907

Antes que nada, mil gracias, mi excelente amigo, por su anticipo de 25 pesetas suscripción monumento de nuestro inolvidable Pereda (q. d. e. p.) y cuya cantidad veré el medio de reintegrarle en breve.

Con fecha 21 Abril del ppdo. año me dice en carta que tengo a la vista, ese Dn. Julio B. Meléndez que se han vendido once ejemplares de la obra «antaño» y que puedo disponer de «la cantidad liquida de los citados 11 libros».

Tengo la idea (casi la seguridad) de que posteriormte a la primera remsa de los 50 ejemplares, se le remitieron por equivocacion otros tantos qe no tuvo inconveniente en hacerse cargo de ellos.

Mucho deseo verle en esta su casa y haría una obra de caridad visitando a este enfermo. Ahora que voy a empezar la estacion alegre y reviven los espíritus abatidos, debe animarse a cambiar de escenario. Yo, mucho se lo agradeceré, y me vendrá muy bien para el alma y para el cuerpo.

No dudo que habrá de ser lucida la recaudación para la estatua.

No eche usted en el olvido mi encargo y cuente siempre con el singular afecto que le profesa su caduco amigo

Domingo Cuevas

[Fernández Lera, Rosa y Andres del Rey Sayagués, eds., *Enrique Menéndez Pelayo. Epistolario*. Santander: Biblioteca de Menéndez Pelayo, 2013 (cartas 162-166, págs. 98-100)].

Comillas, 11 Marzo 1906.

Tiene V. razón, mi excelente amigo, roguemos a Dios pr el gran Pereda.

Fue buen creyente y pasó haciendo bien. Dios le habrápremiado. Yo, qe vengo sufriendo hace tiempo, abrumado pr los años y los achaques, ha venido esta desgracia a abatir mi espíritu, más y más. Vivo encerrado en mi casa por necesidad.

Adjuntas las tres cartas a qe hago referencia. Siento no poder dar a usted más noticias qe las qe le apunto.

Mis recuerdos afectuosos a su tío Sinforoso y a los amigos.

No dude usted en disponer como le plazca de este su reconocido y buen amigo qe le quiere

Domingo Cuevas

[Doc 878 Ms 1403 BMS Carta dirigida a José María Quintanilla. Las tres cartas que le envía son las del Ms 1395. BMPS]

III «Dos palabras de proemio»

El objeto de la escogida y amena *Biblioteca* que inauguramos con el presente volumen, no es otro sino el de coleccionar en especiales ediciones una sucesión de obras literarias que, por su índole y cualidades, sirvan de agradable solaz al viajero y sean, por circunstancias previstas, archivo de la cultura, centro de moralidad, motivo de instrucción y causa de agradable entretenimiento.

Desgraciadamente, no abundan en nuestra patria esta clase de *Bibliotecas*. Las ediciones económicas, generalmente conocidas, pertenecen a un genero de literatura (llamémosla así) en el que *toda inmoralidad tiene su asiento*, o en el que se da marcada e incomprensible preferencia a los autores extranjeros, con menosprecio notorio del arte patrio y copn detrimento del buen gusto, de las sanas costumbres nacionales y hasta de las más rudimentarias nociones de Gramática.

Los libros de *Paul de Koch*, pésimamente traducidos; las insulseces y atrocidades de la *Biblioteca del Demi monde*, los novelones patibularios propios de folletines cursis, etc., etc., han sido siempre el terreno adecuado para que algunos editores formen esta clase de Bibliotecas económicas, aderezadas con cubiertas de relumbrón, en cromos chillones del peor gusto.

Las anteriores razones nos han motivado a publicar la presente *Biblioteca*.

Su primer volumen, que empieza donde terminan estas líneas, es la primera obra que da a la publicidad un escritor castizo que ha merecido unánimes elogios de la crítica.

Es *Recuerdos de antaño* una preciosa colección de interesantes artículos, descriptivos de las costumbres patriarcales de nuestros antepasados. Hay en esos artículos y cuentos grande conocimiento del país, verdadera maestría en la

dicción, vigor en las descripciones, y más que otra cosa, ese *sabor de la tierra* de que tan admirables muestras nos ha dado el insigne Pereda.

Domingo Cuevas, pariente cercano del ilustre novelista montañés, ha seguido las huellas de su deudo y maestro, y con pincel vigoroso nos deja en *Recuerdos de antaño* una deliciosa sucesión de tipos, una admirable colección de los paisajes de aquella espléndida Naturaleza, rica en galas de asombrosa y variada vegetación.

Como no es el de crítico nuestro oficio, nos limitamos en las anteriores líneas a presentar al autor ante la consideración y respeto de los lectores con el juicio favorable que de sus producciones han hecho los sabios.

Y con esto y con decir que los sucesivos volúmenes de esta Biblioteca —algunos en preparación y otros en prensa— son debidos a autores que honran a la literatura patria, creemos de nuestro deber retirarnos humildemente por el foro, para que el lector impaciente no nos tache de pesados, dando al traste con nuestros buenos deseos de complacerle.

EL EDITOR

IV «Al lector» por J. M. de Pereda, V-XXIV : «La primera edición de este libro debió salir acompañada de unos renglones míos [...] Pero Dios dispuso las cosas de otro modo, de triste recordar, para mí, y el libro tuvo que echarse a la calle sin la compañía que yo le había prometido» (V) [La trágica muerte de su hijo Juan Manuel el 2 de septiembre de 1893]. El autor hace esta 2ª ed. aconsejado y animado por los amigos. Domingo está unido a mí «además de muy estrechos vínculos de parentesco, otros no menos fuertes de fraternal cariño engendrado por la concordancia de ideas y sentimientos en puntos muy esenciales de la vida del espíritu, y el frecuente trato familiar desde las aulas del Instituto» (V-VII). / DC nunca tuvo tentaciones de escribir pero en el arte hablado, «no he conocido hombre alguno que aventajara a mi pariente» (XI). / «Empezando por remedar tipos maquinalmente y uno a uno, la fuerza misma de sus facultades imitativas le fue ensanchando el terreno y arrastrando a mayores empresas. Al tipo suelto sucedieron las agrupaciones, al monólogo los diálogos, a lo cierto lo imaginado, y así, hasta llegar a la cumbre, al dominio absoluto del arte, porque un arte supo hacer, al fin, de este inofensivo y gracioso entretenimiento» (XI) / «En el larguísimo catálogo de sus personajes los había para todos los gustos: mozos y viejos, toscos pescadores, labriegos y menestrales, hidalgos de gotera, clérigos y señorones, cuanta gente remedable por algún lado había conocido él y observado desde su niñez» (XI-XII) / A ninguno de ellos, vivos ni muertos, añadía una tilde que no le perteneciera, al sacarles a su escenario, ni mucho menos agravó jamás la buena fama de nadie por el común empeño de forzar la nota risueña, Voz, estilo, acento, gestos, ademanes, todo era la pura realidad, lo mismo en lo cierto que en lo fingido, porque su imaginación era tan fecunda como poderosa su retentiva. Hubiera

sido un actor cómico portentoso(XII). Los veraneantes eran gentes cultas de muchas procedencias que iban llevando la fama de esos remedos por esos mundos./ Los tipos raros no abundaban en Comillas, lo que pasa es que DC «sabía entresacarlos de la masa comun, descolorida a los ojos del vulgo, donde nadie mas que él sabía verlos por su lado original y aprovechable «(XIII) / Cuando se hizo viejo y desaparecieron los seres queridos y «se vio solo y triste en la vasta casona en que habia nacido y vivio siempre y espera morir» (XIV), perdio el humor de las imitaciones y se puso a escribir; para ello contaba con su imaginacion «luminosa y lozana» y una lengua «abundante, facil y castiza, como apenas ser usa ya en Espana» (XVI). / Recuerdo de «los entonces temibles Escolapios de Villacarriedo, y el siempre espantoso Don Bernabé, del Instituto Cántabro», [que] le pusieron el cuerpo de latin, de lengua madre, y probablemente tambien de verdascazos, que ardia. Con tales ingredientes como base, y un coronamiento despues con la lectura a pasto de las obras de su bien nutrida libreria, heredada de abolengo, no es de extrañar que adquiriera, sin reparar en ello, ese su bien decir en neto castellano, destrabado y sencillo, sin pizca de violencia ni asomo de afectaciones ni de arcaismos. Así escribe sus cartas, se expresa en sus conversaciones y, por ultimo, ha compuesto los cuadritos de que vamos hablando» (XVII). / «me parece a mi [el arte de DC] lo que los apuntes , los estudios a la ligera de un pintor impresionable, de gran instinto, buen color y poca escuela; bellos testimonios de un arte no pasado por los tamices de la preceptiva , indocto si se quiere, pero arte al fin» (XIX) / personajes «a quienes Cuevas me habia dado a conocer, tiempos atras, de vista» (XX). Enumera varios personajes, pintados «con un vigor de coloridoi y de dibujo que pasma. Pues, asi y todo, entre el Jusepe del libro y el que yo conoci con su verdadero nombre de pila, por los remedos de mi pariente, hay tanta diferencia como entre lo vivo y lo pintado, como tiene que haberla siempre entre la representacion plastica del teatro y la analitica del libro. Por esa misma causa resulta en éste de que se trata, el mencionado Don Bonifacio, un dómine pedanton de muy poco chiste, como todos los dómynes del acerbo comun, siendo asi que este personaje es uno cde los mas pintorescos y celebrados del extenso catalogo de remedables de Domingo Cuevas» (XX-XXI) / «es innegable que tienen estos cuadros comicos suma gracia, luz y sabor de la tierra en toques magistrales de artista, que hacen olvidar facilmente la inexperiencia y los desaliños del compositor» (XXI-XXII).

V «Cómo conocí a Pereda»

«Rayaba en la edad madura el siglo ultimo y privaban a la sazón, en la capital de la tierra, Macallister, en la escena con sus brujerías; Mme. Chagui, subiendo por la maroma al monte de San Bernardo y bajando entre truenos y relámpagos, y el Chiclanero, luciendo en la arena su garbo y su destreza. Media provincia se puso en movimiento con tal motivo, desde el hidalgo que vivía de

su pegujal, hasta el menestral y el labriego, dando luego lugar estas expansiones a muy pintorescos diálogos, por largo tiempo sostenidos, en salones y cocinas.

Tres años antes de estos acontecimientos, cuando contaba doce el que esto escribe, deparóseme la ocasión de viajar en familia, que es de gran novedad para un muchacho, y mucho mas en aquellos tiempos, traspasar los límites del lugar nativo.

Alboraba un día del mes de Junio, cuando me pareció oír, entre sueños, el pausado tilín de unas esquilas, no tardando en oírse distintamente la voz del carretero que daba prisa, porque, como él decía, 'hay que aprovechar la fresca, que a luego, mas tarde, a la hora de mediar, el tábano ha de juzgar al guey mas de lo menester.

Bien mullida la carreta con colchones de apaleada lana, y hacienda de quitasol una pintoreada colcha sobre tosca armazón de cañas extendida; engalados los bueyes con melenas de sabuesos de pintada piel, y puesto al frente el carretero Dono (que a este nombre respondía) jugó de la ahijada, jaleó a la pareja y... ¿Quo vadis?

.....;.....

Ruégote, lector, me acompañes, a fuer de curioso en este corto itinerario , que habré de llevarte con el menor cansancio posible adonde menos te imaginas.

Dejando la playa de mi lugar en aquella madrugada y llevando de frente al sol radiante y hermoso, sin asomo de nube que le empañase, caímos dando tumbos en la hondonada del pavoroso Tramalón , en donde a la sombra de sus copudos robles y extendidos castaños se tomó un refrigerio, y a la vez descansaron los bueyes, que, jadeantes, destilaban una baba filamentosa y transparente como el cristal. Y andando, andando, sin parar mientes en el pintoresco lugar de Cóbreces, rico en limones y naranjas, y dando por vistas las tierras de pan llevar de ambas Oreñas, atravesamos a poco las solitarias calles de la histórica Santillana, en donde muy del caso fuese que el caminante se detuviera, y sentándose a descansar sobre algunas de sus ruinas, exclamara con tono elegíaco:

¡Quomodo sedet sola!...

Mi imaginación de muchacho, que había estado hasta entonces como dormida, se excitó a la vista de la Requejada.

Parecióme que se habían allando los montes por los cuatro vientos cardinales, y que entraba en una region de luz que yo jamás soñé. Principalmente llevó mi atención el serpear de los pataches por entre isletas de verdura y de juncales, llevados por la pleamar hasta rozar con el pantoque las floridas lindes que sirven de valladar a los maizales. Y fue mayor mi sorpresa, y entonces sí que me pareció haber entrado de lleno en el mundo imaginado, al pisar aquella ancha carretera, por donde entendí que se podía recorrer todo el

mundo sin perderse. Y no fue menor mi admiración ver cómo desaparecían a mi vista en vertiginosa carrera coches, carromatos y toda clase de vehículos, jinetes y peones; todos en marcha activa y diligente, como llevados en alas del tráfago; y todo esto acompañado con el chasquido de las fustas y la garulla de mayores y trajiantes que me tenían aturdido con su destemplada grito.

.....

 Llamó Dono los bueyes hacia una cambera, que por la derecha mano del camino real llevaba a una sierra abundante en la flora de la tierra (se sobrentiende escajo).

Ya declinaba el sol fatigado por tan larga carrera, y las aves, que batiendo las alas habían salido de sus nidos a celebrar con alegres y variados cantos su aparición, tornaban a despedirle con los mismos cánticos, pero en un tono más dulce y melancólico, en armonía con la hora del reposo, cuando toda la naturaleza se adormece. Al dejar la sierra distinguí el campanario de una iglesia, a la que rodeaban unas casas de exterior labradoreco, y en una de ellas, que se distinguía de las demás por su blasón y señoril aspecto, y en la fachada del Norte, bañada con luz tenue por los últimos rayos del sol poniente, se destacaba la figura de un rapazuelo, que se afanaba en sacar el agua de un pozo para regar unos alielés, cuyos tallos yacían desmayados a causa del ardor del sol en aquella tarde... Embebido en su tarea de regar las flores no se apercibió, por de pronto, de mi presencia, que le sorprendió; y soltando súbitamente la regadera, que por el asa pendía de una de sus manos, dio en mirarme fijo con unos ojos muy negros, muy abiertos y algún tanto salientes. Parecióme advertir que mas bien que mi personal llamaba su atención mi original indumentaria... Ya se ve, como que consistía principalmente de una levita arreglada por el Utrilla de mi lugar, de un paño color azul turquí, y muy brizco, al decir del mismo autor.. El cuello esbolazaba y los faldones aleteaban hacia la parte posterior, sin poderlos amoldar ni llevar a su sitio, y eran a modo de cola de cernícalo lagartijero.

¿Y el sombrero?... Era de media copa y de paja de Italia (según decían), de un amarillo muy vivo, y de la cinta pendían dos borlitas muy cucas, que oscilaban sobre el cerviguillo. El muchacho no salía de su pasmo, y por ultimo acabó por reírse de mí: túvele por maleante, a la manera que en aquella edad se puede formar juicio sobre personas y cosas. Tenía la cara redonda y llena, la cabeza bien puesta y poblada de un pelo negro ligeramente ensortijado.

Mientras permanecí en su compañía, siempre se mostró reservado: observaba mucho, hablaba poco y reía menos... ¿Columbra el lector en este rapaz (que entonces apenas había llegado a la edad de la razón) al futuro autor de Sotileza?...

En la casa de que se hace mención nos hospedamos, que era de su madre, hermana de la mía.

Tiempo andando nos vimos en Santander; él viva allí con su familia y yo estaba interno en el Instituto Cántabro bajo la suave férula de don Valentín Pintado, de buena memoria.

Los domingos me sacaban a comer, y en estos días (entonces para mí de gaudeamus), al despedirme de mi tía -señora de suma bondad- siempre me puso en la mano una moneda blanca... Y por lo que hace al muchachuco que regaba las flores, no ignoras ¡oh lector! que adquirido tiene -en justicia- gran renombre, y ocupa lugar preferente en la república de las letras.

BIBLIOGRAFÍA

COSSÍO, José María de. *Estudios sobre escritores montañeses*, III. Santander: Institucion Cultural de Cantabria, 1973.

CUEVAS, Domingo. *Recuerdos de antaño*. Madrid: Imprenta y encuadernación de la Revista de Navegación y Comercio, Sagasta 19, 1893 [Sello y ex-libris de Federico de Vial.] Dedicatoria impresa «Al Exmo. Sr. Marqués de Comillas. En testimonio de gratitud y cariño. El autor». Dedicatoria autógrafa: «A su amigo distinguido y cariñoso Federico Vial, Domingo Cuevas». Lleva sello de goma de la «Biblioteca de Ferrocarriles del Norte de España» en óvalo y en el centro, «Jose Díaz de Quijano, Columela, 17, Madrid.»

CUEVAS, Domingo. *Antaño*. Madrid: Fortanet, 1903. La misma dedicatoria que 1893 al marqués de Comillas. Dedicatoria autógrafa a «Federico de Vial, mi constante y excelente amigo, en prueba de sincero afecto, Domingo Cuevas». Ex-libris de Federico de Vial.

FERNÁNDEZ-CORDERO; AZORÍN, C. «Cartas de Pereda a José María y Síforoso Quintanilla», *BBMP*, XLIV (1968), 169- 327.

FERNÁNDEZ LERA, Rosa; REY SAYAGUÉS, Andrés del, eds. *Enrique Menéndez Pelayo. Epistolario*. Santander: Biblioteca de Menéndez Pelayo, 2013 (cartas 162-166, pp. 98-100).

GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*. Santander: Ediciones de Librería Estvdio, 1983.

GÜELL I BACIGALUPI, Eusebio, Conde de Güell. «Recuerdos de Castilla» en *Apuntes de recuerdos*, IV, Barcelona, 1929, pp. 131-154.

GUTIÉRREZ DÍAZ, Francisco. «El primer propietario de *El Capricho*», «Crónicas montañesas», *El Diario Montañés*, 23 de febrero de 2013).

HUIDOBRO, Eduardo de. «Datos para la autobiografía de Pereda», *Apuntes para la biografía de Pereda*, *El Diario Montañés*, Número extraordinario, 1 de mayo de 1906, 10-11.

HUIDOBRO, Eduardo de. «Domingo Cuevas», *Diario Montañés*, 4 de septiembre de 1907.

HUIDOBRO, Eduardo de. «Como recuerdo», *Diario Montañés*, Viernes, 1 de marzo de 1919, año XVIII, nº 5894, p. 1.

HUIDOBRO, Eduardo de. «Pereda en el género epistolar», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, XVI (1933), 8-30.

GULLÓN, Ricardo. *Vida de Pereda*. Madrid: Editora Nacional, 1944.

LÁZARO SERRANO Jesús. *Historia y Antología de escritores de Cantabria*, Santander: Pronillo, 1985.

LÁZARO SERRANO, Jesús. *Literatura Cántabra*. Santander: Estvdio, 2006.

MADARIAGA, Benito. *Pereda. Biografía de un novelista*. Santander: Librería Estvdio, 1991.

PEREDA, José María. «Al lector», en Domingo Cuevas, *Antaño*. Madrid: Fortanet, 1893, págs.. V-XXIV.

QUINTANILLA, José María. «Comienzos literarios de Pereda», *Apuntes para la biografía de Pereda, El Diario Montañés*, Número Extraordinario, 1 de Mayo de 1906, p. 4.

SOLANA, Marcial. *Fernando Fernández de Velasco*. Santander: Antología de Escritores y Artistas Montañeses, XXXIII, 1953.

VV. AA. *Apuntes para la biografía de Pereda, El Diario Montañés*, Número Extraordinario, 1 de Mayo de 1906.